

BOLSILLOS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

NO SIGAN BUSCANDO A VERA GILROY

J. A. Dose

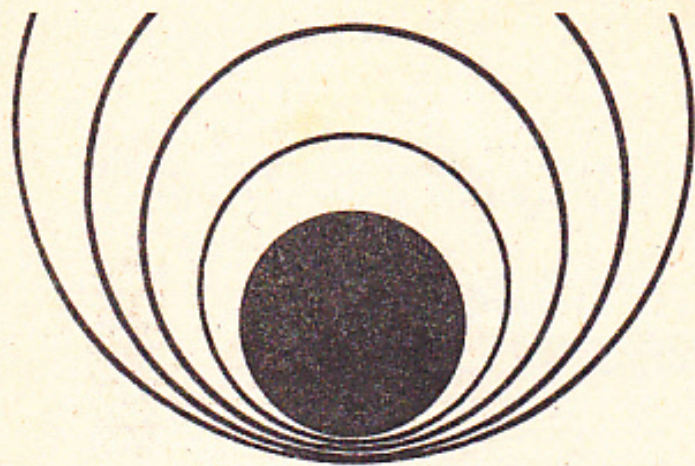
SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



J. A. Dose

NO SIGAN BUSCANDO A VERA GILROY

CD



PUNTO ROJO



J. A. DOSE
¡NO SIGAN BUSCANDO A VERA GILROY!

Colección PUNTO ROJO n.º 998
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR
ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:
969. — Auto-stop hacia la muerte.
En Colección SERVICIO SECRETO:
1.579. — Rapsodia en rojo sangre.
En Colección BISONTE SERIE AZUL:
488. — Sangre en Río Diablo.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 13.332-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1981

© J. A. Dose - 1981

texto

© Miguel García - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

Desde el amplio ventanal de mi despacho contemplaba la densa niebla que se extendía sobre San Francisco.

Apenas eran las cinco de la tarde, pero la oscuridad del exterior lograba que parecieran ser las siete o más.

Conocía bien aquel clima. No tardaría en llover.

No oía el tecleo de la máquina de mi secretaria.

Rosie debía estar absorta resolviendo las «palabras cruzadas» de alguna publicación.

Hacía unos días que no teníamos ningún caso importante, sólo pequeñeces de esas que hacen que cualquier fisgón desee dejar de serlo, para dedicarse a cualquier otra cosa, aunque sea trabajar.

Hacía ya un año que me dedicaba a investigador privado. Así rezaba en la puerta de cristal de mi despacho, debajo de mi nombre. Me llamo Roy Nelson. Antes, cuando era teniente de la Brigada de Homicidios me llamaban Ciclón Nelson. Ello era debido a que no escatimaba mamporros y cuando me liaba a repartirlos era peor que un auténtico ciclón azotando las costas de Florida.

Soy bastante alto, metro ochenta y atractivo, según las mujeres. Mis ojos son fríos como el nielo y dos auténticos lanzallamas cuando me irrito. Mi cabello ligeramente ondulado es bronceo. Así es mi imagen.

Mi despacho es una gran sala alfombrada con moqueta verde, con cortinas del mismo color a ambos lados de la amplia ventana. En el centro está mi gran mesa de caoba, con el interfono y un teléfono. En un mueble auxiliar, al otro lado de la estancia ahora abierto, unas cuantas bebidas. Las paredes del despacho están recubiertas de estanterías y ficheros.

Sobre mi mesa tengo ya mediada una botella de «Johnny», mi whisky favorito. Y una auténtica legión de pajaritas de papel, que revelan cuán distraído estoy esta tarde..

EL teléfono de la salita-recibidor donde se halla mi hermosa secretaria se pone de pronto a repiquetear.

«¡Ojalá sea un cliente!», deseo con fervor.

Rosie Forbes, mi secretaria, no tarda en aparecer. Viene radiante.

—Una cliente, Roy. Está al teléfono.

Me froté las manos de satisfacción y levanté el auricular.

—Roy Nelson, al aparato. Dígame.

—Le habla Loretta Robbins, señor Nelson. Quisiera encargarle de un asunto. ¿Podría visitarle hoy? Es algo muy urgente —dijo la voz con tono dé ansiedad—: No estoy lejos de su oficina y podría...

—Bien, señorita Robbins. Tengo un par de visitas, pero creo que podré recibirla en media hora. ¿Le va bien? —mentí descaradamente.

—Magnífico. Se lo agradezco de veras. A la hora indicada estaré ahí.

Colgué el aparato.

Rosie me miraba con expectación.

—¿Algo interesante, Roy?

—Hummm —gruñí—, Esperémoslo. Ahora vendrá.

—Voy a recoger un poco tu mesa. Da una sensación de actividad sorprendente...

Y mi ejército de pajaritas fue a parar a la papelera, y la botella al mueble bar de donde la había sacado.

Hecho esto se sentó frente a mí cruzando sus piernas con descuido. No pude evitar clavar mis ojos en ellas. Eran esbeltas, elegantes, de un perfecto torneado. En suma, una maravilla enfundada en fino nylon.

No hizo nada por privarme de la visión, aunque se dio perfecta cuenta de mi mirada.

No sólo sus piernas me volvían loco, sino toda ella. Y ella lo estaba por mí. Pero teníamos un punto de divergencia en nuestros deseos. Ella quería pasar por el altar y yo por detrás. No estoy preparado para el matrimonio. De verdad. Me gustan demasiado las mujeres, y como dijo no sé quién, ¿porque hacer desgraciada a una sola, pudiendo hacer felices a varias?

Sin embargo, viéndola, me iba debilitando cada vez más. Corría el riesgo de que en el momento menos pensado, me pescase.

Traté de pensar en otra cosa.

Pero era muy difícil concentrarme en algo ante la visión de sus piernas. Y aquel día nebuloso, frío, desapacible... invitaba a pensar en una buena cama y...

El zumbador de la oficina resonó en la antesala.

Rosie se levantó de un salto, haciéndome volver a la realidad.

Debía ser la señorita Robbins.

Probablemente una sesentona con algún problema trivial.

Casi di un salto en mi asiento.

¡Zambomba!

¡Qué hembra!

La recién llegada no tendría más allá de veinticuatro años. Rubia como las onzas de oro español. Alta, espigada, un talle de junco en un cuerpo escultural. Sus ojos eran azules, labios rotos y gordezuelos... Vestía un traje de chaqueta azul, con falda bastante corta que dejaba ver unas sugestivas piernas.

Piernas que nada tenían que envidiar a las de Rosie, y que exhibió

generosamente cuando le ofrecí asiento frente a mí.

Me estaban dando la tarde entre las cuatro.

Las cuatro piernas, claro.

Se movió felinamente en el sillón para cruzarlas.

Le dirigí mi sonrisa más cautivadora.

—Usted dirá —dije luego, encendiendo lentamente un cigarrillo mientras la observaba.

Ella me miraba a su vez especulativamente, con una ceja enarcada.

Empecé a ponerme nervioso.

Rosie aguardaba de pie tras ella.

—Soy Loretta Robbins —se presentó al fin—. Usted debe ser Roy Nelson, ¿aciertó?

—Blanco, para la señorita —repuse.

—No le imaginaba así, en realidad.

—¿Ah, no?

—No, de otra manera...

—Ya —asentí sin entender palabra.

—No sé cómo empezar —murmuró.

—Ya lo ha hecho. Ahora, simplemente siga y veré en qué la puedo ayudar —dije suavemente.

—Bueno, no he conocido nunca ningún detective privado y creí que me causaría más respeto.

Rosie carraspeó tratando de contener la risa.

Loretta Robbins se sofocó.

—No quise decir eso... —se excusó.

—La comprendo, no tiene importancia. Es el mal de las películas, nos imaginan como un Sherlock con gabán y gorra a cuadros, con gabardina raída a lo teniente Colombo o tal vez con chupa-chup en los labios como Kojak. No como tipos normales con capacidad de reír.

Loretta Robbins sonrió tímidamente.

Yo por mi parte traté de demostrar un control sobre mí y una frialdad como las circunstancias requerían, que en realidad, estaba muy lejos de sentir.

E interpretando ese papel, inquirí con voz grave, desprovista de emoción:

—¿De qué se trata, señorita Robbins?

—Es necesario que localice a una amiga mía. ¡Ha desaparecido sin dejar rastro! ¡Oh, Dios! Algo muy grave debe haberle sucedido. Ella me avisada si pudiese, para que yo...

—Un momento, señorita Robbins...

—Por favor, llámeme Loretta.

—Está bien, Loretta. Mi nombre es Roy, ya sabes...

Rosie enarcó las cejas. No le gustaba nada el rumbo que tomaba el «caso».

—Es mejor que mi secretaria tome nota de cuanto digas. Luego daré un repaso a todos los datos, y veré qué puedo hacer —insinué.

—Sí, claro... si es costumbre...

—Rosie —dije—. Tome asiento y haga el favor de tomar nota de cuanto diga la señorita Robbins. Luego páselo en limpio y me lo deja sobre la mesa.

—Como usted desee, «señor Nelson». Ya puede empezar, «señor Nelson» —dijo con retintín y poniendo cara de mala leche.

—Adelante, Loretta —dije dirigiéndome a ella—. Cuéntanoslo todo.

Mientras, Rosie había tomado asiento y aguardaba con la punta del lápiz sobre el bloc que sostenía sobre sus rodillas.

—Bueno, Vera Gilroy y yo compartimos desde hace un año y medio un apartamento en la calle Veinticuatro. Somos modelos. Posamos para fotografías publicitarios, revistas de modas, pasamos colecciones, en fin, todo eso. Desde hace unos meses, Vera, sale con un millonario, Rodney Bancroft. Incluso suelen hacer algún corto crucero en su yate.

Di un silbido para mis adentros, mientras sacaba de mi americana un paquete de Kent. El tal Bancroft estaba podrido de pasta.

Era frecuente verlo en revistas al estilo del *who is who*.

Le ofrecí un cigarrillo, que me rechazó, y siguió relatando:

—Vera está muy encaprichada con él. Creo que le quiere de verdad.

—¿Y él? —pregunté encendiendo otro cigarrillo.

—El es un bastardo. Tontea con la primera que se le arrima.

—¿Contigo también?

Las mejillas de Loretta Robbins se arrebolaron de nuevo.

Sin contestar a mi pregunta, siguió:

—Hace más o menos dos semanas, recibimos en el apartamento una carta de unos abogados, Latimer y Latimer, dirigida a Vera. En ella le decían que había fallecido su tío Mortimer y que la había dejado única heredera de una cuantiosa herencia.

—¿Latimer y Latimer? No los he oído nombrar. ¿Son de aquí esos abogados?

—No, de Oakland. Vera fue a visitarles. Le dieron un montón de explicaciones, una copia del testamento, diez mil dólares en billetes para los primeros gastos y las llaves del castillo.

—Perdón. ¿Has dicho castillo?

—Sí. Así lo llaman al parecer. Está en las afueras de Oakland rodeado de un bosque inmenso.

—Está bien, sigue, por favor.

—Vera quedó con Rodney, bueno, quiero decir con el señor Bancroft, para ir allí juntos. Ella hizo su maleta, muy contenta y dijo que ahora que tendría buena posición, Rodney se decidiría antes al matrimonio. A la hora que convinieron, tocaron el timbre desde abajo y ella descendió en el ascensor. Antes me dejó cinco mil dólares como préstamo y me invitó a que me reuniese con ella el sábado en el castillo. Pues bien —hizo una pausa como para tomar aire y prosiguió—: Fui al castillo. Me recibió el ama de llaves y me dijo que allí no estaba Vera. Ni conocía ninguna señorita Gilroy.

»Por el momento, pensé que a lo mejor estaban en el yate de Bancroft y que habían pospuesto su ida al castillo. Regresé, pues, a San Francisco en un vapor. Ya de nuevo en la Bahía, recorrí todos los embarcaderos de vates hasta dar con el de Rodney Bancroft, el *Gold Lion*. Había una fiesta a bordo. Pensé que Vera estaría en ella. Rodney me recibió muy amable. Le pregunté por Vera. Me dijo que hacía unos días que no sabía nada de ella. Al parecer ella le dijo que salía para un trabajo a San Diego y que a su regreso le daría una buena sorpresa. No le dijo más y yo también juzgué oportuno hacerlo. Me aseguró que él no la había recogido en casa el jueves. ¿Comprendes? ¿Donde está Vera? Rosie no había dejado de tomar nota de todo. Su lápiz volaba sobre el bloc.

Por mi parte no dejaba de pensar.

¡Diablo, a simple vista era un verdadero galimatías!

Pero aunque estuviera en el mismísimo infierno, yo daría con ella. —Loretta —dije tras una pausa—. Te agradeceré que respondas a algunas preguntas con toda sinceridad. Tal vez alguna te parezca de índole privada... pero cualquier dato puede ser de utilidad para mi labor.

—Estoy a tu disposición, para eso vine.

—Bien.

Hice una breve pausa para ordenar mis ideas.

Loretta Robbins me miraba fijamente, aguardando en tensión.

—¿Crees que podrás dar con ella? —preguntó con un deje de inseguridad.

—Sí. Te lo prometo —dije sin poder reprimirme.

—Tu amiga Vera, ¿tiene más parientes?

—No. No que yo sepa. Nunca se los oí nombrar.

—¿Había mencionado alguna vez a su tío Mortimer?

Loretta movió negativamente la cabeza.

—Y eso que vivía cerca de aquí. Apenas hay diez kilómetros de aquí a Oakland por mar —murmuré.

—Te equivocas, Mortimer Gilroy, vivía aquí en San Francisco...

—¿Quieres decir que viviendo aquí, no se trataban con Vera, y sin embargo la dejó heredera de su fortuna? ¡No puedo creerlo! —dije asombrado.

Loretta Robbins se encogió de hombros.

—Puede estar Vera aquí, en casa de su difunto tío, y nosotros estamos aquí, imaginando mil cosas —gruñí.

—No, Roy. Ya lo pensé y fui allí. La casa se cerró hace un mes aproximadamente. Cuando falleció Mortimer Gilroy, su ama de llaves y el mayordomo son los únicos sirvientes que pasaron a Oakland. El resto del personal fue despedido e indemnizado, por Latimer y Latimer.

—¿Tienes alguna fotografía de Vera?

—Sí, claro. Muchas —confirmó.

—Muéstramelas.

El rostro de Loretta se ensombreció ligeramente.

—No traigo ninguna conmigo...

—Tengo una idea, Loretta. Te invito a cenar y antes podríamos pasar por tu apartamento para echarles un vistazo. Necesitaré una o dos recientes... Luego, en la sobremesa, seguiremos hablando.

Los hermosos ojos de Loretta Robbins se iluminaron.

Por unos instantes, vaciló indecisa.

—Me parece bien, Roy —dijo luego, sonriendo—. Muy bien.

Miré hacia Rosie.

Tenía los labios apretados, y me miraba torvamente.

—Creo que eso es todo por esta tarde, señorita Forbes —dije con voz inexpresiva.

—Como usted diga, señor Nelson —dijo Rosie mordiendo las palabras, al mismo tiempo que se levantaba, alisando su falda.

Un segundo después cimbreaba sus caderas hacia la puerta, de aquel modo que tanto me gustaba.

CAPITULO II

La rubia se quedó mirándome, moviendo la cabeza.

—¿Impresionado? —rió bromeando.

Me sorprendió.

No me di cuenta de que se fijaba en como miré a Rosie.

—Simplemente me distraje —sonreí, confuso.

—¿Hay algo entre tú y ella? —inquirió despreocupadamente Loretta.

Me atraganté.

—No, claro que no —dije con apresuramiento—. Bueno, es decir, la relación laboral normal entre jefe y secretaria.

—Nadie lo diría, viendo la mirada que pusiste cuando salió, compadre.

La eché un vistazo desde los tobillos a sus gordezuelos labios. No era muy extenso el mensaje. Ni tan siquiera cifrado.

Pero se lo traduje.

—Es lógico que la mirara como lo hice. Es hermosa. Y yo soy un hombre. También a ti es difícil imaginarte sólo como cliente. Lo tienes todo muy bien puesto arriba y si uno baja la mirada y la fija en tus piernas, bueno entonces la relación de pensamiento con una blanda cama es totalmente convergente.

Pensé que saltaría del sillón hecha una furia, pero me equivoqué.

Sonrió felinamente.

Luego rompió a reír a carcajadas.

—¿Dije algo gracioso? —inquirió molesto.

—No. Ni nuevo, ni tampoco original. Pero resultaba graciosa tu interpretación. De pronto te imaginé como un grande y negro vampiro, y me dio ganas de reír. Perdona.

—Y a mí ganas de morderte en el cuello —susurré, levantándome y colocándome de pie a su lado.

Me miró sonriente, silenciosa, con un mudo desafío en sus hermosos ojos.

Y me atreví. Aceptó el reto.

Me incliné lentamente sobre ella. Rocé su cuello con mi boca y luego busqué sus labios con los míos, tomándolos con fruición.

Lanzó un breve gemido. Luego sus húmedos labios ya no pudieron ni lanzar un suspiro porque estaban aprisionados por los míos, sosteniendo un mudo diálogo, pero fácil de comprender.

Tendió sus brazos y los enroscó en mi nuca, acariciando los rizos de mi cabello. Me envolvió el aroma de su perfume y sentí la tibieza de su cuerpo y la erección de sus senos, turgentes y duros. Permanecimos así un buen rato, luego nos separamos jadeando.

—No debimos hacerlo —susurró Loretta.

Callé.

—No, ahora... —añadió—: Primero encontremos a Vera...

Esto último me hizo suspirar y me dio un nuevo aliento.

—Tienes razón. Vamos a buscar esas fotografías y luego a cenar

—dije.

Ella se levantó y fuimos hacia la puerta.

* * *

Loretta y Vera habitaban en una casa de apartamentos en una travesía casi en lo alto de la calle del Mercado.

Aparqué mi vetusto Chrysler ante la puerta y descendimos.

El ascensor nos condujo al séptimo piso.

Anduvimos por el pasillo un buen trecho y paramos ante la puerta número diez.

Loretta extrajo un llavín de su bolso y lo insertó en la cerradura, haciéndolo girar.

Dio un respingo cuando su mano accionó el interruptor de la luz y contempló el «paisaje». Al percatarme de que algo anormal sucedía me adelanté a ella y saqué mi Magnum de la funda.

El living estaba completamente revuelto. Parecía el escenario de una estampida. Todo se hallaba por el suelo en confuso montón. Sólo había visto algo parecido en una película de los hermanos Marx.

Me pregunté qué diablos habrían buscado allí, y si lo habrían encontrado o no.

Loretta seguía parada en el marco de la puerta con el asombro y el estupor reflejados en sus ojos azules.

—¿Quién ha podido ser, Roy? —murmuró.

Me encogí de hombros.

—¿Qué podían buscar, Loretta? ¿Tenía todavía Vera algunas pertenencias aquí?

—Sí, claro. Se fue con una maleta. Pero dejó todo lo suyo restante en otras dos. No tenía nada más a la vista.

—¿Dónde están esas maletas?

—Las dejé al portero para que las guardase, así si venían a buscarlas y yo no estaba no habrían hecho el viaje en balde.

—Si buscaban algo que tuviese Vera en su equipaje, lo habremos salvado, quizá ahí haya una pista. No te muevas. Voy a recorrer el apartamento. No me gustan las sorpresas...

No tardé mucho en recorrerlo y en convencerme de que estábamos solos, quien o quienes fueran se habían ido después de su «trabajo». Todo el apartamento estaba igual, ni la marabunta

habría conseguido igualarlo.

Enfundé la Magnum. Era casual que la llevase, pues tengo la estúpida costumbre de dejarla casi siempre en la guantera del Chrysler.

Loretta se había dejado caer profundamente abatida en uno de los sillones de la salita.

—¿Dónde tenías esas fotos que te pedí? —pregunté.

Loretta se levantó en silencio y se perdió en el pasillo.

Al cabo de unos instantes regresó con algunas fotografías.

—Es raro, Roy. Aquí tengo algunas fotografías, pero faltan varias.

—¿Faltan? ¿Cuáles? —pregunté inquisidor.

—Verás las modelos solemos tener cientos de fotografías. Yo tenía en un cajón aparte algunas con amigas mías y conocidos. Son éstas. Pero faltan diez o doce, por lo menos. Eran de fiestas o reuniones a las que había asistido con Vera.

—Fotografías de ella no es lógico que las buscaran. Las hay a cientos en revistas y publicaciones. Ello quiere decir que buscaban concretamente alguna o algunas fotografías. Tal vez por alguien que os acompañaba en ellas. Es lo único verosímil. ¿Puedes recordar las que faltan? ¿Quiénes estabais...?

Loretta Robbins hizo un gran esfuerzo, pero los nervios la traicionaron, no pudo recordar siquiera una de las fotografías que faltaban.

Elegí tres de las que me había traído en que se apreciaba perfectamente a Vera Gilroy. Era una hermosa joven. Sus cabellos eran de un tono cobrizo, muy similar al mío. Sus ojos eran negros y almendrados. Su figura era como la de Loretta, fuera de serie. Tenía una hermosa sonrisa que dejaba entrever una blanca y perfecta dentadura, y sus piernas, bueno, éstas merecían un detallado estudio.

—¿Te gusta? —inquirió Loretta.

—No como tú —respondí galante y sonriendo como suelo hacerlo cuando deseo que se desmayen.

Debo de estar en baja forma.

Ni se inmutó. No le causé la menor impresión.

Guardé las fotografías en el bolsillo y suspiré.

—¿Qué te parece si vamos a cenar? —dije sintiéndome frustrado.

—¿Y luego? —susurró Loretta.

—¿Luego? —me sorprendí.

—Claro. Aquí no podré dormir. Ya lo arreglaré mañana con la asistente pero esta noche.

—Puedes venir a mi apartamento... —sugerí lentamente.

Me miró especulativamente.

—Tal vez sea lo mejor —susurró luego.

Bajamos a la portería. Aún estaban allí las dos maletas. No, el portero no había visto a nadie sospechoso subir en el ascensor. No era extraño.

Había estado viendo la televisión en su apartamento. Habían televisado un interesante partido de béisbol.

A una indicación mía, Loretta le dijo que yo venía a hacerme cargo del equipaje de Vera.

Así que tomamos las dos maletas y las introducimos en el maletero del Chrysler.

Luego subimos a él y después de mi propaganda al respecto, tomamos el camino del Nueva Seúl, el restaurante chino de mi amigo Li-Wang-Pen.

CAPITULO III

Solía ir casi diariamente al Nueva Seúl. No sólo comía a gusto sino que me encontraba allí como en casa. Me admiraba que aun viéndome a diario, Li-Wang-Pen me recibiera cada vez con ceremoniosa bienvenida y con reverente inclinación de cabeza.

Ciertamente, los orientales hacen de la cortesía un auténtico rito.

—Bien venido, glan amigo y helmosa dama a casa de humilde Li —dijo inclinándose al vernos entrar.

—Y nosotros muy honrados de visitarla, Li —dije siguiendo el ritual—. La señorita Robbins, que me acompaña, es la primera vez que la visita, pero conoce por mí las excelencias de tu cocina.

—Señol Nelson, siembre tenel palabras de lisonja, para Li. Síganne, pol favol —dijo afablemente.

La cara de Li era como la de la mayoría de los chinos, una máscara inescrutable. Sin embargo, algo en sus ojos, en sus músculos faciales o en sus gestos hacia que a veces yo leyerla parte de sus pensamientos.

Yo notaba que no le gustaba que viniera acompañado de otra mujer que no fuera Rosie, aunque no lo exteriorizara. En realidad era yo el que percibía esa impresión como si emanara de su pétreo rostro. Ello no era óbice, sin embargo, para que siempre su cortesía alcanzara incluso a rozar lo empalagoso.

Como de costumbre solía hacer, dejé en manos de Li que él mismo hiciera nuestro menú, previa consulta con Loretta.

En realidad, yo soy un amante de la cocina china y me gusta en su casi totalidad, pero Li conoce bien mis platos preferidos y sabe combinarlos.

—Sueles venir a menudo, ¿verdad? —preguntó Loretta.

—Casi cada día.

—¿Sólo?

—No siempre —dije vagamente.

—¿Clientes o secretaria?

—Clientas hermosas y secretaria —reí.

—¿Incansable? —inquirió.

—Más bien consecuente —dije—. Al fin y al cabo el hombre es un animal de costumbres.

Loretta Robbins me contempló varios segundos con fijeza, luego sonrió y cambió de tema.

Comenzamos a cenar.

Nuestra conversación versó de nuevo sobre Vera Gilroy.

—¿Cuánto tiempo hacía que Vera conocía a Bancroft? —pregunté.

—Unos cuatro meses.

—¿Te explicó ella cómo se conocieron?

—No. Vera nunca me lo dijo. Era muy reservada en lo que atañía a su vida privada.

—¿Qué lugares solía frecuentar?, fuera de los de trabajo, claro está.

—Vera no era muy amiga de salir. No le gustaban demasiado las fiestas y reuniones. Sin embargo, a veces iba con Rodney a bailar a algún club. Creo que el que más frecuentaba era el Red Moon.

—No tiene muy buena fama —comenté pensativo.

—No lo conozco —dijo Loretta secamente—. Sé de él por los estuches de fósforos que traía a casa.

Sonreía.

—Yo te llevaré —dije luego.

Seguimos comiendo en silencio el «pato agridulce» con bambú y setas chinas que Li nos había servido tras los «rollos» de primavera, que habían iniciado la cena.

—¿Tienes alguna idea de la cuantía de la herencia de Vera? —pregunté de pronto.

—Sólo sé que heredó el castillo y una cuenta corriente en un banco de Oakland, no me dijo cuál, ni tampoco cuánto tenía en él. Para los primeros gastos disponía de los diez mil dólares, que te dije. Es decir, se fue con cinco mil. Me dejó los otros. Por cierto, no hemos hablado de tu minuta...

—Soy un detective caro —dije suavemente—, muy caro.

Loretta se sofocó.

—Yo... —empezó.

—Te aceptaré un dólar a cuenta. Cuando encontremos a Vera ya te presentaré una buena minuta. Es una tranquilidad saber que tiene uno un cliente solvente.

Loretta rió a gusto, pasado el momentáneo sofoco.

—¿Todo lo tomas a broma? —inquirió.

—Casi todo —repuse.

Terminamos con el pato y mientras aguardábamos el postre, inquirí:

—¿V dices que el tío de Vera tenía una residencia aquí en San Francisco?

—Sí. Donde falleció. Vera me la mostró desde un taxi. Está en Ocean Drive, frente a la Bahía. Ahora está vacía.

—Podríamos llegarnos... y darle un vistazo.

—La verás mejor de día. Tiene un jardín que...

—No me entiendes, Loretta. Me refiero a entrar, no a pasearnos por delante.

Se atragantó.

—¡Estás loco! —balbuceó, cuando pudo hablar.

—Simplemente siento curiosidad... Soy un fisgón, para eso me pagan.

—¡Pero eso no es legal! Pueden vernos, y...

—No te preocupes por eso —la tranquilicé interrumpiéndola.

Loretta no quedó muy convencida, pero no insistió.

—Tal vez encontremos allí algo que nos indique dónde puede hallarse tu amiga. Luego en mi apartamento echaremos un vistazo a su equipaje. Quizá esté en él, lo que buscaron en el vuestro.

—¡Dios mío!, ¡no me lo recuerdes! Tendré horas de trabajo para recogerlo y ordenarlo todo. ¿Crees que puedan volver?

—No. Si encontraron lo que buscaban. En caso contrario, es probable que la visita se repita. Por eso es importante revisar su equipaje y que esta noche al menos la pases en mi apartamento, sin visitas peligrosas.

Sentí de nuevo aquella mirada extraña, especulativa, de la otra vez, en que aquella noche se había abordado el tema. Era una mirada fría, mezcla de curiosidad, reproche y algo de desafío.

No hice comentario alguno al respecto.

Tomamos el helado de vainilla con nueces y miel, y un café, antes de despedirnos de Li y abandonar el Nueva Seúl.

Cuando ya estábamos de nuevo en mi cacharro, pensé por primera vez, en que la próxima vez que viera a Li, le preguntaría por qué demontres había puesto un nombre de ciudad coreana a su restaurante, si él no era de Corea, sino chino. Segundos después rodábamos hacia la Bahía.

Destino: la residencia de Mortimer Gilroy, en Ocean Drive.

* * *

La mansión del fallecido millonario era una suntuosa quinta con un magnífico césped recién cortado que envidiaría el mismísimo estadio del River Plate. Estaba rodeada de altos muros de piedra y una puerta-verja de hierro que la aislaban y la ponían a cubierto de la curiosidad ajena, es decir, de fisgones como yo, por ejemplo.

De la verja partía un camino asfaltado y con árboles a cada lado, que moría ante la puerta principal de la edificación. A la derecha había un bosque de grandes árboles con una barbacoa espléndida en primer término junto a una hermosa rosaleda.

A la izquierda de la casa había una enorme piscina, con varias casetas. Tenía una forma muy sofisticada que la ponía *a la page* con la última moda.

Para Loretta, hubiese sido muy difícil encaramarse a lo alto del

muro, por lo que rechacé este sistema de visita por otro más cómodo aunque más sofisticado.

Recurrí al estuchito de herramientas, forrado de piel que habitualmente llevo en el bolsillo interior de mi americana. Digo, herramientas, pero en realidad es una perfecta e inigualable colección de seis ganzúas que le requisé a un delincuente.

Elijo la oportuna y no se abre. Pruebo otra, y entonces sí, entonces oigo el chasquido. *Voilà!*

Loretta me contempla, de pie a mi lado, entre absorta y asustada.

Hemos aparcado a unos cien metros de la entrada para no llamar la atención, pues la finca parece efectivamente vacía. De modo que entramos y ajustamos la puerta, sin cerrarla. Nunca se sabe en estos casos si la salida será tan apacible como la entrada. Y emprendemos el camino de asfalto. Hay una buena luna y no es necesario, al menos por el momento, que saque de mi bolsillo el diminuto bolígrafo-linterna que llevo también.

Loretta cogida a mi brazo izquierdo me transmite un ligero temblor. Está muerta de miedo.

Yo nunca lo he sentido.

Pero si un profundo respeto por el silencio y la oscuridad. No es el peligro que veo el que me arredra, sino el que presiento, el intangible.

Y allí flotaba algo raro bajo el manto de la oscuridad. La pequeña gravilla que cubría el suelo empedrado crujía bajo nuestros zapatos.

Al fin, llegamos ante la grandiosa puerta del edificio, que recordaba aquellos que había en el sur durante la Guerra de Secesión. Blanco, con gran escalinata y altas columnas

Ni una luz.

Silencio.

Ha sido una imprudencia venir, y además, acompañado, sin comprobar antes si hay guarda nocturno o no, si hay servicio, o puede que perros.

Pero aquí estamos.

Vuelvo a utilizar el estuche y de nuevo una ganzúa nos franquea la entrada.

Ahora sí, uso la linterna.

El cono de luz horada la oscuridad del amplio vestíbulo.

No puedo reprimir un silbido de admiración.

¡Vaya choza!

Es como un museo, repleto de armaduras, cuadros, alfombras, porcelanas y arañas de cristal pendientes del techo.

Al fondo una escalera de mármol que se escinde en dos laterales,

conduce al piso superior.

La fortuna que ha heredado Vera Gilroy debe ser impresionante. Una tras otra, recorreremos todas las habitaciones de la planta baja, incluida una biblioteca-despacho. No hemos encontrado nada que nos pueda dar el más ligero indicio del paradero de Vera.

Registro concienzudamente todos los cajones de la mesa, con idéntico resultado negativo.

Veo un surtidísimo bar y considero llegado el momento de servirme un «Johnny» y otro para Loretta.

También hay una gran caja de plata de las que se usan para guardar puros habanos con las iniciales M. G. grabadas en su tapa. Uno no me irá mal.

La abro y efectivamente hay tres cigarros en el interior y un cortapuros, pero hay algo además que me llena de asombro: Un librito de cerillas con una roja luna sobre fondo negro, y abajo el nombre: «Red Moon».

¿La puso allí Vera Gilroy?

¿Coincidencia?

CAPITULO IV

Por más que buscamos no hallamos ningún indicio que nos revelase la pasada presencia de Vera Gilroy en la quinta.

Si había estado, lo había hecho sin dejar rastro.

Un poco descorazonado, decidí que fuéramos ya a mi apartamento. Nada quedaba por revisar allí.

Quizá las valijas que llevaba en el «Chrysler» nos revelaran donde podía estar la muchacha.

No tuvimos ninguna dificultad al desandar lo andado, y así, llegamos a la verja de la entrada, que cerramos con un golpe seco a nuestra espalda.

Media hora más tarde abríamos ya en mi apartamento las maletas de Vera.

Contenían lo normal, en el equipaje de una modelo, productos de belleza y maquillaje, vestidos, zapatos, una bata y ropa interior muy sofisticada que por cierto arrancó un silbido de admiración de mis labios, mientras Loretta se ponía roja como la grana.

¡Diablo! Un cuerpo como el de Vera, desvestido con aquellas braguitas y aquellos sujetadores debía ser algo digno de verse.

En una carpeta encontramos un talonario de cheques del National Bank de Oakland y la carta de los famosos abogados. Me guardé ambas cosas.

Tendría que visitar para ver qué podían decirme, los señores Latimer, y al Banco.

Rebuscando hallé también un sobre con fotografías y una agenda. Abrí el sobre y comencé a revisar las fotografías.

Loretta las miraba por encima de mi hombro. De pronto lanzó una exclamación y me señaló una.

—¡Esta! —gritó llena de excitación.

—¿Esta qué? —pregunté.

—¡Esta era una! ¿No comprendes? Una de las que se llevaron los que registraron nuestro apartamento. Como puedes ver salgo yo también. Teníamos una copia cada una...

Miré con atención la fotografía, había un grupo de personas allí, parecía hecha a bordo de un yate. A un lado del grupo había un bufete de bebidas u emparedados.

—¿Quiénes son los que están con vosotras? —inquirí.

Loretta tomó la fotografía y me los fue señalando con el dedo.

—Este es Rodney. Este otro se llama Clem Hawthorne y estos dos son Mark Johnson y Ben Monroe.

Fuera de Rodney Bancroft ninguno de los otros nombres me decía nada, ni sus rostros. Eran totalmente desconocidos para mí.

—Ahora recuerdo las otras fotografías que eché en falta Roy...

todas eran de esa fiesta. Creo que más o menos figurábamos los mismos en todas o tal vez... sí, eso es. En una estaban además Mona y Randolph.

—¿Quiénes son éstos?

—Mona es una compañera nuestra. En algunos trabajos hemos coincidido. Randolph Murphy empieza a ser un conocido fotógrafo dentro de nuestra profesión...

—¿A qué se dedican los otros...? Me refiero a Hawthorne, Johnson y Monroe.

—Clem Hawthorne es amigo de Rodney Bancroft. Tiene un yate anclado muy cerca del suyo. Mark Johnson es importador-exportador, no sé de qué y en cuanto a Ben Moore nada sé de él, excepto que parecía como los otros un buen amigo de Rodney.

Guardé las fotografías en el bolsillo interior de la americana y dediqué mi atención a la pequeña libreta. Esta era una agenda vulgar y corriente. No tenía anotaciones en sus páginas, pero sí en su índice telefónico. Allí, encontré las direcciones y teléfonos de los figurantes en las fotografías.

Había algunas direcciones más, tal vez una veintena. Tendría que investigarlas todas.

Trabajo no me iba a faltar.

—Tengo sed —murmuró Loretta, levantándose del brazo de mi sillón—. ¿Te sirvo algo?

—Bueno —asentí—. Ponme un «Johnny» con hielo. Abajo hay una pequeña cámara, allí encontrarás cubitos.

Bebimos en silencio inmersos en nuestras propias ideas. De pronto ella me preguntó:

—¿Estás cansado?

—No, ¿y tú? —inquirí a mi vez.

—No.

—¿Tienes sueño?

—Un poco...

—Será mejor que vayas a acostarte. Ya sabes dónde está mi dormitorio. Yo dormiré aquí, en el sofá.

—Estoy nerviosa. No podré dormir, Roy.

—Seguro que sí. Vamos, ve.

—No, no podré. Extrañaré la casa y la cama.

—Pues ya me dirás —gruñí—. Son ya las dos de la mañana.

—Quiero que te acuestes conmigo, Roy. Bueno, pero sin..., sólo para dormir. ¿Entiendes?

Me quedé de piedra.

Había sinceridad en su voz.

No, no podía entenderlo.

Diez minutos más tarde enfundada en uno de mis pijamas se

arrebujaba en la cama, contra mí, que llevaba otro.
—Que duermas bien, Roy —susurró, apagando la luz.
Como no me diera una buena ducha fría iba a ser difícil, pensé.
Al cabo de un rato, durante el que conservé mis ojos abiertos como platos, me dijo con voz queda:
—¿En qué piensas, Roy?
Estuve tentado de decirle que pensaba que estábamos haciendo una cretinez, pero me contuve y dije:
—No lo sé. Tal vez, en que es la primera vez que me acuesto en este plan.
—Te agradezco que hayas aceptado el trato, Roy.
—No me lo haces muy fácil —me quejé—. Vamos, Loretta, intentemos dormir.
—¿Tienes sueño? —preguntó
—No —dije rotundamente.
—¿Te has preguntado si soy virgen o no?
—No —respondí prontamente, sorprendido por no haber pensado en ello.
—¿Te gustaría saberlo, Roy?
No llegué a responder. Casi a continuación me desabrochó la camisa del pijama y acarició el negro vello de mi pecho, con suave ternura.
—Tómame ahora, Roy —susurró—. Lo estoy deseando. Esa fue la gota que rebasó el vaso de agua.
¡Qué leches!
Yo no soy de piedra.
Y se lo demostré. Vaya, si se lo demostré.

* * *

Salí del baño envuelto en mi albornoz blanco. El teléfono repiqueteaba insistentemente.
Cogí el de la salita. Loretta reposaba aún semidesnuda sobre la cama.
—Buenos días, estimado jefe —oí por el aparato—, ¿Tuvo dulces sueños?
Era la voz de Rosie.
Tenía el humor de cuando no estaba de humor.
Peligro.
Y yo estaba muerto de sueño...
—¿Pasa algo? —gruñí.
—Aún no. El teniente Hawkins ha llamado ya dos veces, quiere

hablarle con urgencia.

—¡Diablos! ¿Qué hora es. Rosie?

—Las once pasadas...

—Me dormí...

—¡Qué raro! —luego añadió—: ¿Alguna orden, jefe?

—Cierra la oficina y date un garbeo por la Bahía. Localiza el yate de Rodney Bancroft el *Golden Lion* y procura averiguar lo que puedas sobre él en el club y por los yates de los alrededores. Pregunta si han visto por allí últimamente a Vera.

—Sin llevar una fotografía de la chica será difícil, pero lo intentaré. ¿Algo más?

—Te espero a comer en el Nueva Seúl a las dos.

—¿Seremos muchos? —preguntó zumbona.

—Tres... —dije carraspeando.

—¡Encantador! —gruñó.

Y colgó el aparato.

—¿Quién era, amor? —dijo la voz de Loretta desde la habitación.

—Mi secretaria —dije yendo hacia allí.

—Hum. ¿Quería darte los buenos días? —añadió tras una pausa con acento burlón.

Otra que se levantaba de guasa.

¡Cochino mundo!

Y yo muerto de sueño...

¡Y Hawkins buscándome!

¿Qué tripa se le habría roto al muy cabrón?

—En qué piensas, Roy —susurró Loretta cortando mis pensamientos—. ¿En tu secretaria?

¡Y dale!

—¡En mi teniente de policía! —exclamé picado.

—No hay por qué ponerse así. En serio, en qué pensabas...

—¡En un teniente de policía! —repetí, remarcándole las sílabas y dejándome caer junto a ella en la cama.

—¡Perdona, Roy! Yo creí, que...

—Es igual, nena. Vamos a vestirnos...

—¿Ya...? —susurró con voz melosa.

Quise levantarme de un salto intuyendo lo que iba a pasar. No pude.

Bueno, no me dejó.

Enroscó sus brazos en mi cuello.

Luego se me enroscó toda ella... y volvió a pasar lo que tenía que pasar.

Diez minutos después jadeantes, desnudos sobre la cama, reposábamos, reponiéndonos de los estragos del último combate.

Y otra vez el teléfono.

¡Riiiiinnnnngggg...!

Alargué el brazo y lo descolgué.

Era Hawkins.

—¡Hola, Nelson! —me saludó su voz.

—¡Dime, Kenneth!

—¿Dónde estuviste anoche?

—¡Oye si me llamas dos veces a la oficina y luego aquí para preguntarme dónde estuve anoche es que...!

—Es que será mejor que hablemos. Tengo dos fotografías tuyas con una hermosa señorita, tomadas anoche en el interior de una quinta vacía. Bueno, no exactamente vacía. Había un cadáver en la biblioteca. ¿Era eso lo que celebrabais con los whiskys en la mano?

CAPITULO V

Dejé a Loretta en el apartamento y partí hacia la quinta del difunto Mortimer Gilroy en Ocean Drive. Quedamos en reunimos a las dos o unos minutos antes en el restaurante de Li. No le dije que seríamos tres.

Cuando llegué a la quinta me encontré con la verja abierta y en el interior el habitual despliegue policial, en estos casos.

La ambulancia, el forense, los muchachos del departamento, el técnico de huellas y de fotografía y los inevitables Hawkins y Finney.

Aparqué el «Chrysler» junto a la entrada de la casa y fui hacia ellos. Les saludé y estreché cortésmente sus manos.

—¿Y bien? —inquirió Hawkins—. ¿En qué lío estamos ahora? Carraspeé.

—Ya sabes todo eso del secreto profesional, Kenneth. Poco voy a poder decirte...

—Te equivocas, Roy. Es mucho lo que vas a tener que explicarme y vas a empezar ahora mismo.

—Bien, tengo por cliente a Loretta Robbins. Eso no es un secreto. Me encargó la búsqueda de Vera Gilroy, modelo y sobrina de Mortimer Gilroy el fallecido propietario de esta casa. Vine con mi cliente anoche. No había nadie pero las puertas estaban abiertas. Entramos. Revisamos la casa. Nos tomamos un whisky y salimos otra vez. Pero no vimos ningún cadáver. Y estuvimos en la biblioteca... ¿Quién era el fiambre?

—Un tal Mark Johnson...

Lancé un involuntario silbido.

—¿Lo conocías?

—Oí hablar, pero no lo había tratado —dije vagamente—, Creo que era importador-exportador o algo así, ¿es cierto?

—Sí. Eso es. ¿Y no lo conocías? —gruñó Hawkins con tono de sospecha.

—No. Ya te lo he dicho. —Y moví la cabeza negativamente apoyando mis palabras—. ¿Qué hacía aquí?

Hawkins puso su dedo índice derecho en mi pecho y masculló entre dientes:

—Soy yo quien pregunta, ¿recuerdas, chico listo?

Me encogí de hombros.

Finney reía por lo bajo. Yo no era precisamente el ideal de sus sueños, y cuando Hawkins me recriminaba algo, él disfrutaba como un cabrón.

Recientemente habíamos firmado un armisticio el teniente Hawkins y yo. Y eso no lo había asimilado, el bueno de Finney.

—Tu pregunta no es mala —masculló Hawkins—. También yo quiero saber que hacía aquí. ¿No lo visteis tampoco vivo?

—No. No vimos a nadie.

—¿Qué hora era? ¿Recuerdas?

—Estuvimos por aquí entre doce y una y cuarto. Vinimos directos desde casa de Li.

Hawkins conocía ya mi debilidad por comer y cenar habitualmente en el Nueva Seúl. Incluso una vez le había gastado allí una pesada broma, que no había olvidado aún (1).

(1) Véase *Autostop hacia la muerte* publicada en esta misma colección. (N. del A.)

Le describí nuestros pasos por la quinta, sin mencionar la caja de fósforos.

No dejó de mirarme fijamente ni un segundo. Su rostro era imperturbable. Nada en sus facciones reflejó si me creía o no. Cuando acabé guardé silencio.

—¿Estás seguro que la verja del jardín estaba abierta y también la puerta de al casa?

Asentí con toda desfachatez.

—Desde luego —dije despacio, sin dejar de pensar en el porqué de la pregunta.

—Es raro. Mark Johnson no llevaba encima ninguna llave que las abriese.

—Pues, esto quiere decir...

—Que alguien le abrió las puertas. Probablemente el asesino. Y que si murió entre una menos cuarto y dos según el forense, aunque dirá la hora con más exactitud después de la autopsia, esto quiere decir que cuando vosotros llegasteis ya estaba aquí el asesino y esperó a que os fuerais y llegase para matarlo. Eso parece indicar que estaban citados aquí. Que sabía que Mark Johnson acudiría a la cita y que para asegurarse, le dejó el camino expedito.

Mi cerebro trabajaba a toda presión.

No había querido confesar a Hawkins que yo había forzado las dos puertas al saber que había un cadáver por medio y que al irnos las había dejado nuevamente cerradas. Esto destruía por completo su teoría, y la imagen que se había formado de los hechos, aunque él no podía saberlo.

Lo más probable era que el asesino hubiese llegado después de irnos nosotros, incluso tal vez acompañando a Mark Johnson.

¿A qué habían ido allí?

¿Por qué a aquellas horas?

—¿Cómo encontrasteis las puertas de la verja y de la casa esta mañana, Kenneth? —pregunté de pronto—. ¿Abiertas o cerradas?

—Cerradas —gruñó Hawkins—, ¿Por qué?

Yo recordaba perfectamente haberlas cerrado ambas, en el momento de irnos,

—Simple curiosidad —repuse—. Me pregunto también quién se supone que debía conservar las llaves de la quinta.

—Una buena pregunta, sí, señor —dijo el teniente sombríamente—. También yo quisiera saberlo. Tal vez la respuesta a esa pregunta sea el nombre del asesino.

—¿Puedo saber cómo lo mataron? —dije suavemente.

—De un balazo en la parte derecha de su cara. Casi efectuado a quemarropa.

—Dijiste algo de unas fotografías que nos tomaron anoche. ¿Qué broma es ésta?

Hawkins rió y extrajo un sobre del bolsillo. Había como cinco o seis fotografías.

Loretta y yo figurábamos en todas ellas, y en diversas habitaciones. Al momento comprendí lo sucedido al ver que en todas llevaba la linterna en la mano.

Estaban tomadas con luz infrarroja por cámaras disimuladas que debían dispararse automáticamente al interrumpir con nuestro paso algún circuito disimulado.

Mostré a Hawkins una de la biblioteca.

—No hay cadáver —dije lacónicamente—. No lo hubo mientras estuvimos allí. ¿Cómo supisteis de él?

—Telefoneó una mujer a la brigada. Nos dijo que en la biblioteca de la quinta hallaríamos un cadáver. Finney, que era quien tomó la llamada, le preguntó si no era una broma. Ella respondió que se lo preguntara a Mark Johnson, aunque no creía que opinara así con una bala en la cabeza. Finney preguntó entonces que ella como sabía todo eso. La respuesta fue sencilla, dijo: Porque lo he matado yo. Era un cerdo. Luego colgó sin identificarse.

—¿Y las fotos? —murmuré—. Habría más fotos tomadas después de las nuestras, ¿no?

—Ni una. Las máquinas eran cámaras de una sola placa. No de rollo. Se dispararon todas con vuestra visita. No quedó ni una para reflejar lo que pudo pasar después. De no ser por vosotros ahora tendríamos a la asesina.

—¡Vaya! —comenté.

—No olvides tenerme al corriente de tus paseos, Nelson —gruñó Hawkins—, Incluso los nocturnos...

Le contesté con un gruñido y me alejé.

Sobre una mesa vi un montón de objetos de uso personal. Pregunté a uno de los muchachos y me lo confirmó. Eran los que Mark Johnson llevaba en los bolsillos.

Discretamente les eché un vistazo.

No había nada que pudiera dar una luz a Hawkins y compañía. Pero yo sí vi algo interesante: Otro librito de cerillas del Red Moon.

Aún estuve un buen rato deambulando por allí. Pero pude enterarme de poca cosa más.

Johnson murió entre las tres y las cinco de la madrugada. El disparo fue hecho a una distancia no superior a dos metros y por un arma de pequeño calibre, posiblemente un 22 mm.

En cuanto a las llaves debían tenerlas Latimer y Latimer abogados, según supe por los muchachos del precinto.

Miré mi reloj, faltaban poco más o menos ocho minutos para las dos, y me fui hacia el «Chrysler».

* * *

Tras devolver a Li sus ceremoniosos saludos, me dirigí a la mesa que nos había reservado y donde ya aguardaba Loretta.

—Buenos días, amor —me dijo cuando estuve ante ella.

Me incliné y la besé suavemente rozándole apenas los labios.

—¿No vino, Rosie? —le pregunté sentándome junto a ella.

—¿Tu secretaria?

—Sí —afirmé.

—No. No ha venido. ¿La esperabas?

—La invité a comer con nosotros.

—¿Era necesario hacerlo?

—Simplemente por necesidad de información y de colaboración. Es mi secretaria, ¿recuerdas? —dije molesto.

—¿Qué desean comer hoy los señóles? —preguntó Li-Wang-Pen que se había acercado a nosotros.

—Sírvenos primero un par de «Johnnys» con hielo. Esperamos a la señorita Rosie.

La mirada de Li-Wang-Pen adquirió un brillo especial de complacencia.

—Extlano no está ya. Puntualidad es virtud en ella —comentó Li.

¿Por qué diablos no había regresado?

—Si no te importa preferiría un cóctel de champña, Roy —terminó Loretta.

Asentí con la cabeza.

—Perdona, Loretta. El hecho de que me gusté tanto el whisky hace que a veces piense que a todo el mundo ha de apetecerle cuando me apetece a mí. Ya oíste, Li, un cóctel de champña y un «Johnny» —añadió volviéndome a mi ceremonioso amigo.

—¿Viste a ese teniente, Roy? —preguntó Loretta.

—Sí. —Y a continuación le referí cuanto me había dicho Hawkins y lo que había observado.

Loretta palideció.

—Así que mataron a Mark Johnson... y casi en nuestras narices... ¿Oh, Roy, es horrible!

—Y fue una mujer quien lo hizo...

—Qué insinúas... —susurró Loretta.

—¿Pudo ser Vera Gilroy? —pregunté.

—¿Estás loco, Roy? ¡Vera es incapaz de matar!

—Era una posibilidad...

—Totalmente descabellada, Roy. No. Seguro que no.

—Está bien. Tú la conoces. Yo no —dije con cierta sequedad.

Li trajo las bebidas solicitadas.

Bebimos sumidos en nuestros pensamientos.

Miré el reloj otra vez.

Las dos y cuarenta minutos.

Demasiado retraso.

Algo no funcionaba como era debido. Rosie era muy puntual.

Loretta leyó en mi rostro que estaba preocupado.

—¿Preocupado? —murmuró.

Asentí sin despegar los labios.

—¿Es por tu secretaria?

—Sí —gruñí.

—¿Desde dónde tenía que venir?

—Desde la Bahía. La envié a una gestión, pero ya debía estar aquí. Comamos y me llegaré a ver qué pudo pasarle.

Avisé a Li y elegimos el menú.

Durante la comida ninguno de los dos, sumidos en nuestros pensamientos había pronunciado más allá de diez palabras.

Cada mesa tenía una débil luz, aunque suficiente para ver lo que había sobre el mantel. El resto quedaba envuelto en una sutil y agradable penumbra.

Encendí dos cigarrillos y le pasé uno a Loretta.

—Estás muy preocupado, ¿verdad?

—Sí. Apenas puedo pensar con serenidad. No me gusta que nadie corra un riesgo por mi culpa.

—Lo comprendo, Roy. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Seguir haciendo visitas. Alguien hablará.

Ya finalizábamos cuando Jazmín, la hija mayor de Li, vino a avisarme que había una llamada telefónica para mí.

Respiré, debía ser Rosie.

Bajé la escalera del fondo del jocal que conducía a la cabina y tomé el auricular colocándolo en mi oído.

—¿Diga? —pregunté.

—¿Es usted Nelson?

—Sí, el mismo. ¿Quién es usted?

Oí una risita al otro lado del cable.

—Eso no importa. Lo importante es el mensaje que voy a darle: «No busquen más a Vera Gilroy.» Cuando nos convenzamos de que sigue este aviso soltaremos a la señorita Forbes. Si no lo sigue, empiece a buscar secretaria. ¡Adiós, fisgón!

Y se oyó el clic, que señalaban que hablan cortado la comunicación al otro lado.

Lentamente dejé el auricular sobre la horquilla.

Empezaba a verlo todo rojo.

Alguien había cometido el error de despertar a Ciclón Nelson.

Y ese alguien tenía un feo porvenir.

CAPÍTULO VI

El *Gold Lion* era un yate soberbio.

No me costó avistarlo. La mirada se iba hacia él como un mosquito a la luz. Destacaba entre todos, meciéndose suavemente.

Me pregunté si el de Clem Hawthorne estaría lejos.

Seguí el pasillo de tablas sobre flotadores que hacía de amarradero y me detuve al llegar ante la escalinata que conducía a la popa. Se oía un tocadiscos lanzar al aire los lamentos de un tango. Pero no vi a nadie a bordo y subí.

No bien pisé la cubierta emergieron dos gorilas, pese a su atuendo azul y jersey rayado, no podían ocultar su paso por los rings.

Sus rostros no me eran conocidos.

Eso era un tanto a su favor.

Por el Precinto habían pasado muchos como ellos y mi memoria era un auténtico fichero.

—¡Hola, muchachos! —saludé con una sonrisa que desearía para sí más de un ejecutivo de ventas.

Me respondieron con un doble gruñido.

—¿Está Rodney? —preguntó con desfachatez.

Se miraron entre sí, consultándose con la mirada.

—Está en tierra —dijo uno de ellos con desgana.

—¿A qué hora se le puede ver?

—Normalmente ya está aquí.

De pronto, del suelo de la cubierta superior, más allá de la toldilla emergió una hermosa figura dorada de mujer, parecía algo así corno una walkiria, menos en el atuendo, pues llevaba un minúsculo dos piezas negro que causaba escalofríos. La brisa alborotaba sus rubios cabellos.

Sin duda estirada sobre cubierta había escuchado nuestra conservación. Ella debía ser la melómana.

—¿Es usted amigo del señor Bancroft? —inquirió curiosa la sirena rubia acercándose a la barandilla.

—Sí, señorita —respondí—, soy amigo de Rodney.

—No tardará en venir.

—¿Podría esperarle?

Vaciló unos segundos, mirando a los dos gorilas, que torcieron el gesto. Luego se decidió.

—Suba —dijo—. Puede sentarse aquí arriba.

Me dirigí a la escalerilla lateral y subí ágilmente por ella.

En la nuca noté fija la mirada de los «marineros».

Una vez arriba pude ver mejor sus facciones. Antes me las ocultaba el contraluz que dibujaba su silueta contra el sol.

Tenía un rostro bellissimo, de nariz respingona y boca húmeda y tentadora. Alargó su mano y la retuve unos segundos en la mía cuando la estreché.

—Me llamo Nelson, Roy Nelson. Roy para las mujeres hermosas.

Rió con risa cantarina, alegre.

—Yo me llamo Laurie.

—¿Amiga de Rodney?

—Prometida.

El corazón me dio un vuelco. Creí que ése era el p3pe! de Vera, pero por lo visto había cambios que Loretta desconocía.

—Perdóname, pero creí que su prometida se llamaba Vera.

—¿Vera? Rod no me habló nunca de ninguna Vera.

—Olvídalo. Debió ser una broma que me gastaron... Estás muy morena, Laurie. ¿Tomas mucho el sol?

—Vengo cada mañana. Hoy llevo aquí desde las diez. Como aquí, ¿sabes? Luego tomo el sol otro poco y me voy hacia casa.

—Yo quedé citado aquí con una amiga mía y de Rodney, pero no pude venir hasta ahora. Por eso vine a disculparme y a recogerla si aún estaba aquí, se llama Rosie Forbes.

—Nadie vino aquí esta mañana, Rey. No tuve competencia —rió de nuevo.

—¿Hubieras visto a cualquier mujer que entrase?

—Desde luego... y le hubiese sacado las uñas si hubiese venido en plan de conquista.

Durante unos segundos aspiré el delicioso aire tibio que circulaba bajo la toldilla. Sólo se oía el sordo chapoteo del mar contra los barcos.

—Tal vez a última hora no pudo venir o quizá se distrajo en el yate de otro amigo. ¿Conoces a Clem Hawthorne? —dije rompiendo el breve silencio.

—Sí. Claro que conozco a Clem. El vino a buscar esta mañana a Rodney. Su yate es el *White Flower*. Está hacia allí —me señaló la dirección con el dedo—. Creo que es el que hace diez.

—Bien, guapa. Ya veré a Rodney en otro momento. ¿Duerme aquí? —añadí levantándome.

—Casi nunca. Pero, oye, ahora que pienso, no te he ofrecido una copa...

—Me la debes —reí.

—De acuerdo. Me gustará volver a verte —susurró sin moverse de la tumbona.

Yo me dirigí a la escalerilla por la que había subido y emprendí el descenso. Uno de los marineros «faenaba» por allí y me dirigió una torva mirada cuando alcé la mano a guisa de saludo. En realidad había estado pendiente de tenerme controlado mientras

permanecí a bordo. Eso estaba más que claro.

Lo que no estaba muy claro era que tuviese un millonario en un yate como aquél, una tripulación como aquella.

Y volviendo al motivo primordial de mi visita, ¿dónde diablos estaba Rosie? No me pareció que Laurie mintiese.

¿La raptarían en la misma oficina?

Después iría por allí por si Rosie hubiese dejado alguna pista si es que el rapto fue allí. Ahora pensaba aprovechar para ver a Clem Hawthorne, poseedor de otro hermoso cascarón, ya que lo tenía tan cerca.

El *White Flower* nada tenía que envidiar al de Bancroft.

Había visto otros parecidos. Debía tener un par de motores Diesel-Hércules capaces de ir a varios nudos.

Tampoco se veía a nadie en cubierta.

Así que recorrí la pasarela y me hallé en la proa. Me aproxime a la puerta de descenso a los camarotes casi me doy de bruces con otro «marinero» como los del *Gold Lion*.

—¿Qué busca aquí, hermano? —gruñó entre dientes.

—Ver a tu patrón. A Clem —respondí sonriente.

El que haya tuteado a su jefe lo desconcierta momentáneamente.

—No está. Salió.

—¿Con la señorita Forbes?

—¿Quién es ésa?

—Olvídalo. ¿Sabes si tardará?

Se encoge de hombros.

—¿Puede esperarlo?

—No.

—Soy amigo suyo...

—Quéjese cuando le vea.

—Está bien, amigo. Ya me voy. Pero volveré.

—Con permiso, cuando quiera... Mire si no me equivoco por allí viene el patrón.

Seguí su mirada y tropecé con un tipo fuerte, musculoso, rubio de unos cuarenta y dos años o poco mas. Iba solo Con americana cruzada azul de dorados botones, pantalón de franela gris y gorra blanca.

Su mirada se posó también en mí. Durante unos segundos ambos nos estudiamos, valorándonos mutuamente.

Subió la escalerilla y su mirada fue hacia el individuo que me había recibido, interrogadora.

—Dice que es amigo suyo, patrón. Le tuteaba incluso. Pero no le dejé entrar.

—Hiciste muy bien, Smiley. No le conozco de nada.

El llamado Smiley haciendo honor a su nombre sonrió.

Vaya sonrisa, hermanos, fue como si la ballena que se tragó a Jonás abriera de nuevo la boca. Sólo que la dentadura de Smiley estaba carcomida y ofrecía un espectáculo deprimente. Tenía más agujeros que un queso de gruyere.

Luego se volvió hacia mí, y sin dirigirme la palabra ordenó a Smiley:

—¡Echalo!

—Será mejor que hablemos antes usted y yo, Hawthorne —dije.

—¡Echalo!, Smiley —repitió el figurín, sin hacerme el más puñetero caso.

Smiley no era sordo. Venía hacia mí como una locomotora. No lanzaba humo, pero bufaba que era un contento.

Nunca he perdido el tiempo en medirme con tipos como él de un modo ortodoxo, pues hubiera salido mal parado por la diferencia de peso y tampoco me gusta alargar las situaciones peligrosas, así que empleé mi sistema habitual para estos casos.

Primero lo esquivé como pude, hurtando el cuerpo en el último segundo pero le aticé un buen punterazo en la espinilla, cuando pasó lanzado.

Aulló como un maldito agachándose para frotarse el lugar dolorido.

Lástima.

No debió hacerlo.

Le levanté la cara de un fuerte rodillazo.

Mientras se erguía llevándose las manos al mentón, le hundi el puño derecho en el hígado.

Abrió los ojos desmesuradamente y gesticuló como si quisiera coger aire. Le cerré la boca de un soberbio puñetazo, mientras sentía Como los dientes delanteros cedían y me llenaba la mano de sangre.

Creí llegado el momento de la puntilla y se la di.

Se la di en forma de una patada en mitad de los huevos.

Se dejó caer de rodillas, aullando como un poseso y le mandé un par de exorcismos. Uno le rompió la nariz y el otro le dejó la oreja como una coliflor.

Se vino abajo y la cubierta crujió bajo el peso de su cuerpo. Un par de patadas en las costillas y riñones me aseguraron que durante un buen rato no se movería.

Clem Hawthorne me miraba con pánico en sus ojos. No debía estar acostumbrado a peleas tan «legales» como las mías; ni a que tumbasen a sus gorilas como si fueran muñecos de pim, pam, pum.

Me acerqué a él cogiéndolo por las solapas y atrayéndolo hacia mí, le espeté mordiendo las sílabas:

—Escucha, imbécil, te voy a hacer dos preguntas. Si sabes las respuestas sabrás que te conviene darlas. Porque si me mientes y lo sé alguna vez, la tierra será pequeña para esconderte. Primera: ¿dónde está Vera Gilroy?

—¿Vera? —Había sorpresa en su voz y no parecía fingida—. ¿Qué pasa con ella?

—Ha desaparecido sin dejar rastro.

—¿Por qué? Es una buena modelo y con trabajo continuo. Además me dijo un amigo que había heredado una fortuna.

—No le pido que me cuente su vida... Sólo que me diga dónde está.

—No lo sé.

—Pregunta segunda: ¿dónde está Rosie Forbes?

Enarcó una ceja:

—¿Quién es ésa?

—Mi secretaria —dije secamente—. Vino buscando a Vera y alguien la secuestró esta mañana.

—No sé nada de eso.

—Piense bien sus respuestas, Hawthorne. Vendré a por ellas en otro momento.

—¿Quién es usted?

—Nelson. Roy Nelson, investigador privado —dije sin soltarlo—, Ahora le daré mi tarjeta.

Lo llevé hasta la barandilla.

—¿Qué va a hacer? —tembló.

—Esto —dije simplemente.

Y balanceándolo lo lancé al agua. Cayó entre las dos embarcaciones sin descalabrarse por milagro.

—¡Hombre al agua! —grité a todo pulmón.

Y dando una nueva patada a Smiley que comenzaba a gemir, tomé la pasarela de regreso al embarcadero, sin preocuparme más por ellos.

CAPITULO VII

Saqué de mi bolsillo la agenda de direcciones de Vera. Localicé en seguida la de Mona Bronson y allí me dirigí en el Chrysler. Atardecía

No me costó aparcar casi frente al edificio de apartamentos.

Un recepcionista uniformado que se hallaba frente a la centralita telefónica me informó de que Mona Bronson hacía poco que había llegado. Magnífico.

Tomé el elevador y en unos segundos me hallé en su piso y casi frente a su puerta

No llegué a pulsar el timbre.

La puerta se abrió de pronto, y frente a mí, apareció una mujer bellísima, con una maleta en la mano.

Dio un respingo y soltó la maleta al verme.

Sin duda sufrió un sobresalto por algún motivo. Palabra que no suelo causarlas esa impresión.

Por un momento leí en sus ojos que vacilaba entre encerrarse nuevamente en el interior del apartamento o apretar a correr.

La sujeté suavemente de un brazo, y al mismo tiempo dije sin saber exactamente por qué:

—No debe tener miedo de mí, Mona.

Sin embargo, pude notar que temblaba y noté que sus ojos estaban enrojecidos.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—¿Puedo pasar? —dije al tiempo que la hacía retroceder suavemente y le soltaba el brazo.

Luego entré su maleta y cerré la puerta.

Ella había encendido la luz y se había dejado caer desmadejada sobre un sillón igual que una muñeca dejada ir de pronto. Ni siquiera se había percatado de que su falda apenas le cubría la parte superior de los muslos, dejando al descubierto sus largas y hermosas piernas.

Era una mujer hermosa.

Tan hermosa como asustada.

Clavó en mí sus ojos negros azabache y murmuró otra vez:

—¿Quién es usted? ¿Policía?

—Mi nombre es Roy Nelson, soy investigador privado y ahora estoy investigando por cuenta de una cliente la desaparición de Vera Gilroy. Creo que se conocían... ¿Sabe usted dónde puede hallarse?

La sorpresa se reflejaba en el rostro de Mona Bronson.

—¿Que no encuentra a Vera...? No estará muy lejos de Hawthorne o de Bancroft, esos lobos la acosaban de continuo. Y

máxime ahora que heredó de un tío suyo.

—¿Quién le dijo eso? —pregunté curioso.

—Creo que fue Mark Jo... —se interrumpió de pronto y palideció intensamente.

—¿Conocía a Mark Johnson?

—Sí. Lo conocía. Era un cerdo —musitó.

Mona Bronson había caído en mi trampa. Dije «conocía» en pasado y no se extrañó. Eso indicaba que conocía su muerte y aún no habían salido los periódicos. Lo que me dejó anonadado es que aplicara el mismo calificativo a Mark, que le diera a Hawkins, la mujer que le había telefoneado notificándole haberle matado.

—Mona —dije fríamente—. ¿Por qué mató esta madrugada a Mark Johnson?

Mona Bronson dio un salto en su sillón, levantándose como impulsada por un muelle poderoso e invisible. Yo había permanecido junto a ella de pie y la tomé en mis brazos, al verla trastabillar.

Dócil como un corderillo asustado, Mona Bronson, se cobijó en ellos apoyando su cabeza en mi hombro y rompió a llorar con amargura y desesperanza.

—Cuentámelo todo —dije tuteándola por primera vez—. Te hará bien. Luego veremos cómo resolvemos lo que haya de venir.

Noté que asentía.

Al cabo de unos segundos entre hipidos, comenzó a hablar:

—Tengo una hermana dos años menor que yo, Lucy. Ambas conocimos en una fiesta a Mark Johnson. Nos fue presentado como un importante importador-exportador. No era nada de eso. Se limitaba a reclutar con engaños chicas jóvenes y agraciadas que luego, sí exportaba, vendiéndolas en países asiáticos y árabes. Demasiado tarde pude informarme del sucio negocio a que se dedicaba aquel cerdo mal nacido.

»Era muy amigo de Randolph Murphy, un fotógrafo amigo mío. ambos le advertimos y le avisamos que dejara en paz a Lucy, no lo hizo y al cabo de un mes, desapareció.

»Le amenacé varias veces con matarlo si no me devolvía a Lucy. El muy bastardo me citó anoche, pensaba distraerse conmigo y luego hacerme seguir el camino de mi pobre hermana. Me dijo que hallaría abiertas las puertas de la verja y ¡ de la casa de Ocean Drive, que había pertenecido a Mortimer Gilroy.

»Fui un poco antes de la hora convenida. Estaba solo. Impaciente.

»Tenía prisa. Yo también. Me acerqué sin demostrarle el odio que me iba corroyendo por dentro. Le pregunté por Lucy, me dijo que había muerto. La habían sorprendido huyendo de un harén. Y

eso era la muerte.

»No pude aguantar más, saqué del bolsillo una pistola pequeña, que compré tiempo atrás para tener en casa y que me había llevado para amenazarle y dirigiéndola a su cabeza disparé.

»¡Disparé! —gritó de nuevo, convulsionándose y rompiendo a sollozar.

»Salí de allí, deambulé sola, sin rumbo. No sabía qué hacer... Por fin pensé que lo mejor sería venir aquí, coger algo de ropa y marcharme una temporada para tratar de ordenar mis ideas.

«Primero quería visitar a Randolph. Iba a pedirle algo de dinero.

—Te acompañaré. Si ese Mark era lo que dices, está bien muerto. Mi sentido de la ley no es tan fuerte, en ciertos casos, que me convierta en delator. Pero si lo mataste siendo inocente, te buscaré, nena. Y te acordarás de mí. Tal vez Vera haya seguido el camino de tu hermana y quién sabe si también, Rosie, mi secretaria.

—Pe... pero, eso es horroroso —balbuceó Mona Bronson.

—Sí lo es. Y por eso acabaré con ello. ¿Por qué usaría Johnson la finca de Gilroy para su entrevista contigo? ¿Se te ocurre?

—No. No había reparado en ello. Pero ahora que lo dices es raro.

—¿Había alguien más?

—No. No vi a nadie.

—¿Sabes quién pudo abrir a Mark Johnson? La policía no encontró las llaves

—Las tengo yo —dijo sorprendentemente, Mona.

—¿Tú?

—Había unas sobre una mesa a la entrada. Las probé y vi que una era la de la puerta de la casa. Me las guardé, quería tener asegurada la salida. Después me fui, cerré. Si había alguien escondido no podría seguirme.

Asentí. Esto aclaraba el problema que teníamos Hawkins y yo.

—Cuando puedas, tíralas, deshazte de ellas, ¿comprendes? Lo pasarías mal si te las encontrasen encima.

—Gracias, Roy.

—Bueno, vamos —dije—. Abre la puerta y apaga la luz. Yo te sigo con la maleta.

Mona obedeció.

Obedeció porque ignoraba que al otro lado de la puerta le esperaba la muerte.

Vi que se detenía en el umbral de la puerta. De espaldas a mí.

Plop, plop.

Sólo oí los dos taponazos y Mona se desplomó sin lanzar ni un

gemido.

Entonces vi a su asesino que en aquel momento enfundaba un descomunal 45 con tubo silenciador en su funda axilar. Vi cómo se agachaba para entrarla dentro del apartamento asiéndola por los pies.

Entonces me vio a mí.

Demasiado tarde, hermano.

Su cara expresó sobresalto.

Un segundo después debía expresar un profundo dolor aunque no se la vi. Me la tapaba la maleta que volando impulsada por mí se estrelló en su rostro.

Era Smiley, uno de los matones de Clem Hawthorne.

Me pregunté por qué leches, habría asesinado a Mona a sangre fría. Y me pregunté varias cosas más, que sin duda me contaría, cuando lo hubiera preparado adecuadamente.

Un chorro de sangre brotó de su nariz que ya por la mañana debió romperse con el primer trompazo que recibió. La maleta cayó sordamente al suelo, después de golpearle.

Aún aullando de dolor. Smiley se vino hacia mi como un energúmeno.

—¡Te mataré, hijo de puta! —chilló.

No me gusta que se metan con mi madre.

Aquel cabrón necesitaba un buen tratamiento y se lo iba a dar.

—No tuviste bastante, jeh! —mascullé—. Creí que ya sabías la lección pero tendré que leértela de nuevo, perro.

Esquivé su primera acometida, dándole una patada en las posaderas.

La burla lo enfureció.

—Dónde está tu sonrisa, Smiley (1) —le dije en son de burla.

(1) Utilizo un juego de palabras. Aprovecho el parecido de Smiley con Smile (Sonrisa) o Smiling (Risueño), (N. del A.)

Me pasé.

Bufó lanzándome un directo.

Me había confiado demasiado y su enorme puño, aun cuando sólo me rozó estuvo a punto de llevarse por delante mi apéndice auricular.

Con la izquierda tuvo más fortuna, me dio de lleno en una ceja abriéndomela y me mandó trastabillando a unos metros de distancia haciéndome aplastar una deliciosa rinconera.

La sangre me cegó momentáneamente.

Aquella mula coceaba muy fuerte.

Se me vino encima de nuevo. Esta vez yo estaba más apercebido.

Le metí el dedo pulgar en el ojo respaldado por mi puño.

Smiley lanzó un bramido que amenazó derrumbar las paredes y

dio un salto atrás para protegerse instintivamente.

No le dejé.

Levanté la puntera de mi zapato y le di en mitad de la entrepierna. En mitad de su hombría, o sea en los mismísimos huevos.

Aulló más aún llevándose las manos al punto dolorido, lanzando denuestos y obscenidades, alternadas con gritos.

En su retroceso tropezó con el cuerpo de Mona y cayó de espaldas. Yo aproveché para asir una silla que encontré en mi camino y se la estampé en la cabeza.

Me quedé con el respaldo en las manos. El resto saltó en pedazos después de abrir en su cabezota una considerable brecha, que empezó a echar sangre.

Antes de tirar el respaldo de la silla que ya para nada me servía, aproveché para romperle la boca y un par de dientes con él, usándolo como un palo de golf.

No puse gran interés en el estilo, pero si una buena dosis de fuerza. El resultado fue óptimo, se lo garantizo.

Tendría que cambiar de nombre o apodo, lo que fuese. Con la cara que le quedaría no podría volver a sonreír.

Antes de ir a la cárcel por asesinato pasaría una buena temporada en el hospital.

Pero antes iba a contarme muchas cosas.

CAPITULO VIII

Contemplé asqueado mi trabajo.

Un matarife lo habría ejecutado con más limpieza.

Aquel cerdo no paraba de sangrar y gemir. Otro más blando habría muerto. Le había atado de pies y manos con unas cuerdas que encontré en el apartamento, y yacía tirado en el suelo, con los ojos entrecerrados.

A Mona la había dejado en un sillón. Aun muerta era hermosa.

—Smiley, ¿me oyes? —grité junto a él.

Abrió los ojos asustado. Bueno, en realidad fue uno sólo. El otro estaba hecho una lástima.

—Sí —respondió con voz débil.

—Este ha sido tu último crimen, cerdo. Voy a hacerte unas preguntas. Si eres buen chico y respondes adecuadamente, avisaré a la policía y diré que traigan un médico para ti.

Si tus respuestas no me gustan..., entonces despídete de todo. Porque encontrarán tu cadáver, pero eso será mucho después de que te trabaje a mi estilo.

El gorila se estremeció.

—¿Qué quiere saber? —preguntó débilmente.

—¿Dónde está Vera Gilroy?

—No lo sé, se lo juro.

—¿Y Rosie Forbes? ¿Dónde la tenéis?

—No la conozco —dijo escupiendo un cuajaron de sangre.

—Lo siento por ti, Smiley, pero tendré que hacerte recordar demasiadas cosas y no quiero perder más tiempo contigo.

Le descargué un buen patadón en el costado como aviso.

Soltó un aullido de dolor.

El tiempo pasaba y cada vez me tenía más preocupado no saber de Rosie y pensar en el peligro que pudiese correr.

Lo sucedido con Mona indicaba bien a las claras que aquella gente no se achicaba. No les preocupaba matar.

Bien, si ése era el camino que me brindaban, no iba a volverme atrás.

Si tenía que matar, mataría.

Y si tenía que golpear, más valdría que, matase.

—¡Espera, hablaré! —gruñó Smiley con voz lastimera—. Le diré lo que sé.

—Te escucho —dijo secamente.

—Me envió mi patrón, Clem Hawthorne. Tenía que matar a Mona Bronson. Sabían que ella había matado ayer a Mark Johnson. Por eso tenía que morir.

—¿Qué relación hay entre Hawthorne y el tal Johnson?

—¡Maldito sea, fisgón! ¿Por qué no lo averigua? Meta la nariz, ¿Es que no comprende que si canto, me matarán?

—Es muy posible, Smiley. No quiero engañarte. Pero te puedo asegurar que si no me lo cuentas todo, te mataré yo. Así que suelta la lengua, hermano,

—Mi patrón y Bancroft tienen un negocio de trata de blancas, chicas de categoría, ¿sabe? No furcias. El tal Johnson se encargaba de pasar los pedidos —señaló el cuerpo de Mona— iba tras él porque le hizo una faena con su hermana. Se enteró de demasiadas cosas y decidieron acabar con ella:..

—Y te encargaron a ti ese sucio trabajo...

—Alguien tiene que hacerlo, ¿no? La paga es buena.

Me contuve para no volver a moler a palos a aquel animal, pero necesitaba todos los detalles posibles. Hawkins .estaría contento cuando le sirviese en bandeja de plata unos informes como aquéllos.

—Sigue —gruñí.

—No sé más. Sólo que a las que se reclutan las mandan a una finca de Oakland.

—¿Quién de los dos es el jefe, Hawthorne o Bancroft?

—Ninguno, por lo que yo oí una vez, creo que...

Dos disparos sobre la cerradura del apartamento me hicieron saltar del lugar que ocupaba, ya que como abejorros pasaron silbando muy cerca de mi cuerpo. Casi a la vez tiré de mi «Magnum».

Mientras, la puerta se había abierto ayudada por el empujón que otro gorila al que no conocía, le dio desde el otro lado.

Smiley esbozó una mueca de alegría, que distaba mucho de ser una sonrisa, pero se le borró inmediatamente cuando vio que el cañón del 45 que el recién llegado empuñaba basculaba y le apuntaba amenazador. Unos segundos más tarde tres fogonazos formando casi uno solo brotaban del arma y si cuerpo del infortunado Smiley se agitó extrañamente al recibir los tres balazos

Luego el arma homicida buscó mi cuerpo y jadró dos veces más obligándome a lanzarme en *plongeon* tras el diván, volando por encima del sillón que ocupaba el cuerpo de Mona. Lo logré sin soltar mi pistola.

Comprendiendo que tenía el arma descargada el pistolero, no esperó a que yo hiciera fuego con la mía. Cruzó de un salto el vano de la puerta y lo oí correr por el pasillo.

Me levanté corriendo tras él.

Cuando salí al pasillo tropecé con una dama cargada de paquetes que se puso a chillar desafortadamente al percatarse de mi arma,

comprendí que no lo alcanzaría, pues ya descendía en el ascensor o corría escaleras abajo como el alma que lleva el diablo. Es igual, ya lo encontraría. Sabía quién lo enviaba.

Enfundé mi «petardo» y entré de nuevo en el apartamento. Sin hacer caso de los gritos que en el pasillo daba la buena señora. Smiley estaba listo.

El tipo había querido tapar la boca, y lo había conseguido.

Pero llegó tarde en parte. Ahora ya sabía que Bancroft y Hawthorne estaban metidos hasta el cuello en un feo asunto.

Busqué con la mirada el lugar donde podía haber un teléfono y lo localicé sobre una mesilla en un rincón.

Descolgué, y marqué el número de la Brigada de Homicidios. Con el tiempo que estuve allí no era fácil que lo olvidase.

No tardó en ponerse el teniente Hawkins.

—Soy yo, Kenneth, Roy Nelson.

—¡Hola, fisgón! ¿Qué tripa se te ha roto, para llamarnos?

—Tengo algo para ti.

—Buen muchacho. Venga esa información.

—No es concretamente eso...

—Vamos, no me impacientes, dilo ya...

—Tengo dos cadáveres para ti.

Las obscenidades con que me obsequió, casi me hicieron sonrojar.

¿Dónde aprende la policía esas cosas?

—¡Maldita sea, Nelson! ¡Donde metes la nariz, se llena de fiambres! ¿Has sido tú? —graznó.

—No. Ninguno fue obra mía. Yo pude ser el tercero...

—¿Dónde están?

Le di la dirección del domicilio de Mona Bronson.

—No te muevas de ahí, ahora vamos, Nelson.

—Lo siento, Kenneth. Pero tengo algo urgente que hacer. Luego te llamaré para explicártelo o pasará por ahí. La chica que encontraréis muerta aquí es la que mató a Mark Johnson anoche. El otro es el torpedo que la mató a ella. A él lo mataron a su vez. Es suficiente por el momento, ¿no?

—Oye, fisgón de tres al cuarto, no puedes hacer eso. Y tú lo sabes. No puede tratarse así a un teniente de la Brigada de Homicidios. Tú...

Reí suavemente y colgué el auricular. Su voz fue debilitándose... hasta morir con el clic.

Ahora lo que tenía que hacer era evaporarme cuanto antes. Ya era tarde y quería hacer un par de visitas antes de acostarme.

Me miré en el espejo del recibidor.

Tenía la cara hecha un mapa. Con el pañuelo me limpié un poco la sangre que había brotado de la ceja partida y luego salí del

apartamento.

Mi primera visita sería a Randolph Murphy.

* * *

La dirección que yo tenía, sacada de la agenda de Vera, era la del estudio de Murphy.

Eran poco menos de las siete y aún estaba abierto. Aparqué casi frente a la puerta.

Entré.

Me recibió una mujer de unos cincuenta años con aspecto de sargento de la Legión Extranjera.

Tenía hasta bigote, y sus facciones eran graníticas.

Un encanto.

—¿El señor Murphy? —pregunté cortésmente.

—No sé si podrá recibirle, está muy ocupado.

—Esperaré —dije lacónicamente.

Me miró de pies a cabeza valorando si valía la pena o no que preguntase a su jefe si me podía recibir. El aspecto de mi rostro no debía inspirar tranquilidad ciertamente.

—¿Cuál es su nombre? —inquirió.

—Nelson. Roy Nelson.

Aguardó a que le dijera sin duda el motivo de la visita, pero yo me callé. Tras una nueva vacilación, me indicó un sillón y desapareció tras una cortina verde.

No tardó en reaparecer.

—Lo siento, pero el señor Murphy no podrá recibirle hoy.

—Dígale que me envía Mona Bronson. Seguramente me recibirá—dije pacientemente.

Volvió a desaparecer de mala gana y al cabo de tres o cuatro minutos regresó.

—Ya le dije que está muy ocupado. Vuelva otro día, por favor.

—No puedo esperar, hermana. Así que lléveme ante su ocupado jefe —dije sacando mi «Magnum» de la funda para impresionarla.

Pese a su aspecto, palideció hasta adquirir el tono de la nieve.

—La sigo —dije.

Y ambos atravesamos la cortina.

Recorrimos un pasillo y torcimos al final a la derecha. Mi «guía» dio un par de golpecitos en la puerta que nos cerraba el paso y abrió.

Entramos. Era una habitación-estudio llena de focos suspendidos en el techo y de pie, soportes con negros paraguas para quitar reflejos, bastidores con cartulinas plateadas, y plafones y

decoraciones en las paredes. Dos o tres máquinas montadas en sus trípodes estaban desperdigadas por la habitación, completando un diván, un par de sillas y un perchero el resto del mobiliario.

Un individuo de unos cuarenta años, rubio, estaba tras una de las cámaras.

Enfrente, totalmente desnuda, estaba: ¡Laurie!

Abrí la boca impresionado cuando la vi.

—¡La sirena rubia! —murmuré.

Laurie rió al reconocerme y Randolph Murphy se volvió, enarcando las cejas. Palideció cuando reparó en mi «Magnum» y en el rostro de su empleada.

Guardé el arma en la funda de la axila y con mi mejor sonrisa, dije:

—¡Buenas tardes a todos!

—Espero que me aclare el porqué de esta intromisión —masculló Murphy, sin duda más tranquilo al no ver la «Magnum»—. Estoy trabajando, y esta señorita no tiene por qué sufrir la molestia de su presencia en el transcurso de...

—Ahorre el discurso, amigo —le interrumpí—. Es urgente que hablemos. Si hubiese salido no me hubiera visto obligado a entrar.

—¡Pero estoy trabajando!

—Yo también —mascullé—. Y ya le dije que es urgente.

—¿Urgente?

—Por lo menos para mí. ¿Dónde podemos hablar?

Me miró especulativamente, luego soltó un denuesto por lo bajo.

—Discúlpeme un momento, Laurie. En seguida vuelvo. Ponte una bata, no vayas a resfriarte.

—O.K., Randolph —dijo la joven levantándose indolentemente, sin el menor asomo de pudor.

—Te debo una copa. Roy —añadió luego dirigiéndose a mí—. ¿Recuerdas?

—Claro, princesa.

—¿Te parece que luego salgamos de aquí juntos?

—Será un placer, Laurie.

—Sígame —gruñó el fotógrafo interrumpiéndoles—. Es tarde y no puedo perder demasiado tiempo.

Luego volviéndose a mi «guía» que había permanecido todo el tiempo callada, añadió:

—Quédate con Laurie, Anna, así no se sentirá tan sola.

—Como guste, señor Murphy —dijo la aludida.

Y seguí a Randolph Murphy a través del pasillo que ya conocía hasta detenernos ante otra puerta.

CAPITULO IX

El despacho de Murphy era como cualquiera imaginaria que debía ser el de un fotógrafo profesional. Profusión de fotografías cubrían las paredes. La mayor parte, de hermosas mujeres con muy poca o ninguna ropa. Sin duda el desnudo era su especialidad.

El mobiliario lo componían un armario repleto de cámaras, focos y material fotográfico, cuidadosamente ordenado, unos ficheros metálicos, una lámpara de pie, una mesa escritorio, tres sillones y un mueble bar.

Me señaló un sillón, y lo ocupé mientras él hacía lo propio en el que se hallaba al otro lado de la mesa

—Ya puede empezar, si tan importante es la premura —dijo mordaz Murphy.

—¿Conoce a Mona Bronson?

Me miró fijamente.

—¿Policía? —preguntó.

—No.

Se levantó.

—Entonces es suficiente. No tenemos nada de qué hablar.

Saqué lentamente mi «Magnum» de la funda.

—Siéntese —dije.

No le apuntaba exactamente con mi arma.

No hizo falta.

Se sentó obediente.

—Le pregunté si conocía a Mona Bronson.

—¿Conocía?

—Ha muerto.

Randolph Murphy se movió inquieto en su sillón. Pero yo intuí que la noticia no le producía la lógica sorpresa. Solo temor.

—¿Muerta? —murmuró.

—Asesinada. Hace apenas una hora. Yo lo presencié.

—¡Usted!

—Sí. ¿Sabe que ella pensaba venir ahora a pedirle dinero para ausentarse una temporada?

—No. No sabía nada.

—Mona mató anoche a Mark Johnson. Ese era el motivo de que quisiera ausentarse.

—¡Está loco! ¡No es posible que Mona...!

—Es la verdad. ¿Conocía a Mark Johnson?

—No.

—Miente —dije fríamente.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

No le hice caso.

—Mona me dijo que Mark era amigo suyo.

—Yo... No recuerdo... No creo...

—Me estoy cansando Murphy. No me gusta perder el tiempo. Así que procure recordar antes de que tenga necesidad de estimular sus recuerdos. Mona me contó lo de Lucy. Y me contó muchas cosas más sobre Hawthorne y Bancroft... —disparé a ciegas—. Ahora quiero saber por su boca qué pinta usted en esto. Así de sencillo.

El color huyó del rostro de Randolph Murphy. Gotas de sudor comenzaron a perlar su frente.

—¿Quién es usted?

—Roy Nelson. Mi nombre es fácil que no le diga nada. Pero hay otros dos que posiblemente conozca. Vera Gilroy y Rosie Forbes.

—Vera es una antigua amiga...

—¿Y la otra? —le interrumpí ansioso.

—No oí hablar de ella.

—¿Dónde está Vera Gilroy?

—No lo sé. Hace tiempo que no la veo.

—Procure recordar, Murphy. Le conviene.

—De verdad. No lo sé.

Enfundé de nuevo mi «Magnum» con la que había estado jugueteando hasta ahora.

Me pareció advertir un suspiro de alivio por parte de Murphy.

—¿Qué le une a Hawthorne y Bancroft?

Mi pregunta causó un verdadero impacto en el rostro angustiado y pálido de Randolph Murphy.

—Nada. ¿Me oye? ¡Nada! —chilló nervioso.

Parecía al borde de un ataque de nervios que poco a poco se le hubiera ido incubando.

—Miente —dije otra vez con la misma frialdad.

—No. No. ¡Lo juro!

—¿Por qué se asusta entonces? No dije que les uniera nada ilegal. ¿O me equivoco?

—No. No —repitió.

—Escúcheme bien, Murphy. Si tiene algo que decir, dígallo ahora. Sé mucho más de lo que se imagina. Pero no todo puedo probarlo. Aunque esto es lo de menos para mí. En este caso tengo varias cuentas que ajustar y la legalidad o no del ajuste no es nada que me preocupe en demasía. Lo que me urge por saber es dónde están Rosie Forbes y Vera Gilroy. ¿Puede decírmelo?

—No lo sé —balbuceó Murphy.

—Bien, eso era lo más urgente por ahora. Si descubro que lo sabía le valdría más no haber nacido, porque deseará mil veces la

muerte antes de que acabe con usted. Ahora ya podemos volver con Laurie.

—¿La conocía?

Asentí.

—¿Hawthorne le encargó esas fotografías de Laurie? —pregunté.

—Sí. Claro.

—¿Desnuda?

—Estoy acostumbrado —dijo secamente.

—Creí que ella era su prometida. Y en ese caso no es tan frecuente un encargo así, ¿no es cierto?

Me quedé con las ganas de saber qué respondería. La puerta se abrió y entró Laurie, seguida de la llamada Anna.

Nos levantamos de nuestros sillones.

—Creí que no terminabais nunca. Si te parece continuaremos mañana a la misma hora —añadió dirigiéndose a Murphy.

—Como quieras —dijo éste.

—Gracias, Randolph. Me vestí porque ya iba haciéndose tarde...

Luego se volvió hacia mí y me dijo suavemente:

—¿Vamos?

—Cuando quieras, preciosa.

Randolph Murphy nos miró pensativamente.

—No olvide lo que le dije, Murphy. Volveré por sus respuestas.

Y tomando a Laurie del brazo, salimos.

* * *

Ya en la calle le pregunté:

—¿Llevas coche?

—Vine sin él.

—Entonces cogeremos el mío —dije yendo hacia el «Chrysler».

Lo miró con sorpresa.

—¿Lo robaste en un museo, Roy?

Gruñí. No me gusta que se metan con mi coche.

Laurie rió al advertirlo.

—¿Qué te parece si vamos a cenar y luego a bailar un rato? —pregunté mientras ponía el coche en marcha.

—¡Magnífico!

—Luego podrás invitarme a esa copa que me debes, en tu apartamento.

—Eres un pillín, Roy. La invitación fue en el barco y matinal,

—Me gusta más en tu apartamento y de noche.

—Soy una chica prometida...

—Yo no.

Rió de nuevo.

—¿Eres peligroso?

—Sólo cuando estoy despierto,

—Humm. No sé si podré ponerme en *negligée*. Y en casa siempre estoy así.

—¿Es muy transparente?

—Demasiado.

—¿Como el traje de posar?

Se ruborizó.

—No te preocupes —dije—. No hay demasiada diferencia con esos tres sellos de correos que te pones como traje de baño.

—¡Oh, Roy! ¡Eres terrible!

—Eso decía mi madre.

Laurie volvió a reír a gusto.

—¿Dónde me llevas, Roy?

—¿Conoces el Nueva Seúl?

—¿Es un restaurante coreano?

—Chino. No sé por qué diablos se llama así. ¿Te gusta la cocina china?

—Me encanta.

—Entonces disfrutarás.

Pensé entonces en Rosie y también en Loretta.

Con Loretta habíamos quedado en mi apartamento. No era prudente que volviera al suyo después de lo sucedido. Y al paso que llevaba el asunto hasta el mío podía llegar a ser peligroso.

Apenas cuatro minutos después llegábamos al Nueva Seúl.

Li salió como de costumbre a recibirme.

Hice las presentaciones.

—Señor Nelson elegil siempre flol más bella del jaldin —dijo Li-Wan-Pen dirigiéndose a Laurie.

—Gracias, señor Li. Y, dígame, ¿ha elegido ya muchas flores el señor Nelson?

—Ultima flol sel siempre la más helmosa. Floles antiguas se malchitan. Flol malchita no lecoldal.

Hice una reverencia al viejo zorro de Li.

Se las sabía todas.

Laurie quedó encantada de su cortesía.

—Oye, Li —dije—. Ahora que recuerdo. Hay algo que hace mucho tiempo siento curiosidad por preguntarte.

—Mi amigo dilá...

—Es una tontería, pero más de una vez he pensado en que si sois chinos, por qué ponerle al restaurante Nueva Seúl, que es un nombre coreano.

—Li, satisfací la curiosidad de su amigo señor Nelson. Nombre Nueva Seúl del homenaje de familia de Li a su abuelo que nació en Seúl, hijo de padre chino y madre de Coreá. Nombre de Seúl del en chino Han-ching, pero del más conocida como Seúl transformada por los chinos en Seúl o Seoul que significa Residencia Real.

—Gracias por tu información, Li. Has satisfecho realmente mi curiosidad.

Li-Wang Pen hizo una ceremoniosa reverencia.

—El amigo, señor Nelson quien me hace homenaje de Li, por intente cosas de mi país.

Y tras una nueva reverencia, Li nos dejó después de entregarnos la carta.

Como siempre la familia de Li se reunió en la cocina.

Nuestra cena fue un auténtico banquete.

Poco hablamos durante la cena.

Yo estaba profundamente preocupado por Rosie.

Un sólo pero que le hubiesen tocado y me convertiría en un Némesis de venganza.

Necesitaba concentrarme, estaba seguro de que con lo que sabía, había algún camino por seguir que ahora no tenía presente y que podía hacerme llegar hasta Vera y Rosie.

Laurie no dejaba de mirarme respetando mi silencio.

—Perdona, Laurie. Temo que me he dejado envolver por mis pensamientos.

—No te preocupes, Roy. Te comprendo.

—Bien, hermosa. ¿Nos vamos?

Pagué y salimos.

Fuera se había levantado el típico airecillo de San Francisco, pero afortunadamente el coche estaba muy cerca y no llegó a molestarnos.

—¿Es necesario que vayamos a bailar, Roy? —murmuró Laurie—. Si quieres podemos ir directamente a mi apartamento.

—*Touché, mon amour* —dijo.

—¿Cómo dices?

—Digo que en el mil por mil de los casos aceptaría tu propuesta, pero en realidad, además de que me encanta la idea de bailar contigo, lo cierto es que quería hacer un par de preguntas en el Red Moon,

—¿En el Red Moon? —susurró Laurie palideciendo levemente.

—¿Ocurre algo?

—Bueno. No sé por qué, pero Clem me prohibió ir allá. Dice que tiene muy mala fama.

—¿De veras?

—¿Qué pasa realmente con el Red Moon, Roy?

—Esto es lo que quiero saber, nena. Y lo sabré.

—¡Oh, Roy! ¿Es que no dejas de trabajar nunca?

—Cuando hay alguien en peligro, no. Creí haberte oído decir que lo comprendías...

—Y así es, pero....

—No estaremos mucho rato.

Y conduje hacia el Red Moon, cuyas cajas de cerillas proliferaban en aquel maldito asunto.

CAPITULO X

El Red Moon se hallaba enclavado en una construcción antigua. Un toldillo listado en rojo y blanco llegaba hasta el borde de la calzada. Una luna iluminada en rojo, y un portero con levita roja y dorados entorchados de gala, completaba la anunciada presencia del club.

Estaba próximo a la Bahía. No precisamente enclavado en un barrio muy edificante, aunque en su decoración se habían invertido muchos más dólares de los que parecía, ya que además era enorme. Tal vez más de medio millón.

—¿Prefieres esperarme en el coche? —le dije a Laurie, aparcando casi enfrente del club, en la acera contraria—. No tardaré.

—No, Roy. Prefiero acompañarte. Tendría miedo de estar sola aquí.

—Vamos, pues —dije.

Unos segundos después caminábamos hacia la entrada.

El portero se levantó la gorra para saludarnos y abrió la pesada puerta que daba al interior.

Pese a los extractores de humos del local, y al continuo cambio de ceniceros que efectuaban los camareros, la atmósfera se notaba muy cargada de humo y de olores heterogéneos, entre los que destacaba el olor a humanidad, a parte de otro compuesto por la variedad de aromas de colonias y perfumes.

En unos segundos nuestros ojos se aclimataron a la oscuridad del interior.

Un *mâitre* que nos salió al encuentro nos condujo a una indicación mía a una mesa situada en un extremo cercana a unas cortinas que indicaban el paso a las dependencias privadas del club.

Encargamos un «gin-fizz» para Laurie y un «Johnny» con mucho hielo para mí. Luego largándole cinco «pavos» bajo mano al camarero que nos sirvió, le dije:

—¿Puede llevarme ante el jefe?

—¿Conoce usted al señor Monroe?

—Ben y yo fuimos al colegio juntos —mentí con descaro, sin parpadear.

En ciertas ocasiones tengo más rostro, que arena, la playa de Acapulco.

El tipo del smoking me lanza una mirada de desconfianza, valorando el grado de autenticidad de mi aseveración.

Le largo cinco «pavos» más y eso parece estimular positivamente sus pensamientos y convencerlo definitivamente.

—Sígame, señor.

Guiño el ojo a Laurie.

—Espérame unos minutos, muñeca. Luego bailaremos.

Laurie asiente.

—Aquí te espero.

—Será un momento —añado.

Y echo a andar tras mi engrasado «guía»

Cruzamos las cortinas y un matón de metro noventa, que asemeja una montaña articulada, nos sale al encuentro.

El camarero me señala volviéndose.

—Entérate bien de lo que desea este tipo —dice ante mi sorpresa

—. Me largó diez «pavos» por ver al jefe.

—¿Para qué quiere ver al señor Monroe? —dice la montaña.

—Asunto privado.

Frunce el ceño.

—No es policía. De lo contrario no le hubiera soltado diez «pavos» a Joe. ¿Quién es? ¿Fisgón acaso?

Me sorprende el olfato profesional y las acertadas suposiciones del tipo de las manos como rocas, pero no estoy dispuesto a privarle de su esfuerzo deductivo.

—Es asunto privado. Ya se lo dije. Y será mejor que me lleve ante él.

—¿Es un aviso? —preguntó zumbón.

—Tómelo como una amenaza —digo indiferente.

Me mira incrédulamente.

—¿Va a llevarme ante Monroe o no? —digo al límite de mi paciencia.

—Un momento —gruñó el matón, y desapareció al final del pasillo.

No tardó en regresar.

—No hubo suerte. El señor Monroe está muy ocupado.

—Sólo será un minuto.

—Imposible, O sea que, ¡largo! —dijo empujándome hacia atrás.

Trastabillé y estuve a punto de caer. Recupere el equilibrio y con una celeridad que me hubiera envidiado el mismísimo Clint Eastwood desenfundé mi «Magnum» y le puse al tipo el cañón en la punta de la nariz.

Se inmovilizó.

Sus ojos abiertos como platos, bizquearon al ver la pistola que había nacido en la punta de su apéndice nasal.

—Gírate despacio, muchacho —dije mordiendo las sílabas—. Y llévame hasta Monroe. Sin tonterías porque me tiembla el dedo.

Tragó saliva con dificultad, sin duda por los dos bultos que le habrían subido a la garganta.

Luego, lentamente, como si se lo hubiera ordenado así, fue volviéndose hasta encarar el fondo del pasillo, de espaldas a mi.

No dejé de apuntarle.

Y para recordarle que seguía allí, puse el cañón en su nuca y

empujé levemente.

Pude notar su estremecimiento, antes de que se pusiese lentamente en marcha.

Bajé el arma hasta apuntar a su espalda.

Recorrimos el pasillo y al llegar al fondo torcimos. Una puerta con el letrero de «Prívate» nos cerró el paso.

Alargué la mano izquierda y abrí y empujándole con la pistola que sostenía en la diestra.

Había un hombre tras la mesa de despacho. Delgado. No debía ser muy alto, aunque no podía precisarlo estando sentado. Su cabello era negro y reluciente. Estaba irritantemente planchado por una buena dosis de gomina. Sostenía en su mano izquierda una larga boquilla con un cigarrillo mediano. Me recordó a Peter Lorre.

Levanté la mano armada y la dejé caer en la nuca del «torpedo» que me había precedido.

El tipo se derrumbo como un toro apuntillado.

El suelo de parquet crujió con el impacto.

Me percaté de que el tipo de la mesa, advirtiera mi «Magnum» y luego lentamente la enfundé.

—¿Es usted Ben Monroe? —pregunté entonces.

El tipo de la mesa que había dejado caer nerviosamente la boquilla sobre la carpeta y palidecido hasta quedar blanco como la harina, tartamudeó.

—¿Era preciso? —dijo señalando el cuerno del matón, mientras yo tomaba asiento en uno de los dos sillones que había frente a la mesa.

—No me gustan los oídos indiscretos —dije.

—¿Quién es usted? —preguntó poco convencido de obtener respuesta.

—Roy Nelson. ¿Le dice algo mi nombre?

Movió negativamente la cabeza.

Sonreí.

No estaba dispuesto a decirle nada más sobre mí. Ahora tendría que hablar él y mucho.

—¿Conoce a Vera Gilroy?

Titubeó. Luego apretó los labios.

—Oiga, Monroe. He venido sólo a preguntar, pero si me obliga le sacaré lo que sea de la forma que sea, ¿entendido? Volvamos a empezar. ¿Conoce a Vera Gilroy?

—Sí.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—Miente —disparé al azar.

Miró desesperadamente hacia donde yacía su guardaespaldas.

Luego comprendiendo que de allí no le vendría ayuda, dijo:

—Está en Oakland. En una torre que heredó.

—¿Cómo lo sabe?

—Ella me lo dijo...

—¿Cuándo?

—Hace unos días, en una fiesta.

—¿Qué fiesta?

—Fue en un yate.

—¿Cuál?

—No recuerdo.

—Yo estimularé su memoria —gruñí—. ¿Fue en el yate de Bancroft o en el de Hawthorne?

—No estoy seguro.

—¿No?

—Creo que fue en el de Hawthorne.

—Eso está mejor. ¿Qué negocios tiene con Hawthorne?

Ben Monroe palideció.

—Ninguno —dijo tras un breve titubeo que no me pasó desapercibido.

—¿Y con Bancroft?

—Tampoco.

—¿Dónde está Rosie Forbes?

—¿Quién es ésa?

—Mi secretaria.

—Oiga, Nelson. Si ha tomado mi club por la oficina de objetos perdidos, está en un error.

—Es usted quien me va a oír, Monroe. Sospecho lo que se traen entre manos usted, Bancroft y Hawthorne y lo probaré. Pero mi dureza puede ser mayor o menor. Quiero a Vera Gilroy y a Rosie Forbes. Procure que mañana a las dos, estén en mi oficina, sanas y salvas. Si algo les ocurriera, si no estuvieran... le juro que convertiré esta pocilga en el infierno. Y usted arderá en el, Monroe.

Me puse en pie lentamente.

—Acompáñame —ordené secamente.

Ben Monroe se puso en pie y vino hacia mí como un autómata.

Fuimos juntos hasta la puerta.

—No me gustaría que ahora me siguieran sus gorilas, Monroe, De modo que para que no tenga malas ideas, espero que sabrá comprender y perdonarme.

Posiblemente llegó a enterarse de mi idea. No debía ser tonto. Pero ya era tarde.

Le alcancé en la mandíbula con un puñetazo que me hubiera envidiado el mismísimo Clay.

Fue suficiente.

Se desplomó junto a su guardaespaldas, como un globo desinchado. Abrí suavemente y no viendo a nadie en el corredor, salí, cerrando suavemente la puerta del despacho. Recorrí el pasillo, traspasé las cortinas y llegué hasta la mesa donde me aguardaba Laurie,

—¡Oh, Roy! Estaba inquieta al ver que no venías. ¿Qué pasó?

—Luego te lo contaré, nena.

Eché unos billetes sobre la mesa y la tomé del brazo sin mucha delicadeza.

Se levantó y susurró:

—¿No vamos a bailar?

—Mejor lo dejamos para otro día, amor. Si seguimos aquí, habrá baile, pero será demasiado agitado para nosotros.

Y cogiéndola del brazo me la llevé hasta la salida.

Nadie puso obstáculos, ni intentó cerrarnos el paso.

Ben Monroe y su muchacho debían estar durmiendo aún.

CAPITULO XI

—Ya hemos llegado —susurró Laurie, encendiendo la luz.

—¡Al fin solos! —musité mientras ella cerraba a mis espaldas la puerta de su apartamento.

Miré en torno. Paredes acolchadas con buenos cuadros. Muebles de la mejor calidad. Un diván y una mullida alfombra, tan espesa que los pies se hundían en ella gratamente.

Me encaré a ella y tomándola por la cintura con ambas manos la atraje hacia mí suavemente.

Hizo una leve resistencia que no me pasó desapercibida. También dejó que la besara, pero su devolución a mi beso, fue maquinal, desprovista del ardor que esperaba.

No fue un beso compartido. El mío fue un beso robado. Cuando menos esa impresión me hizo y me dejó un amargo sabor de boca. La solté lentamente, mirándola fijamente a los ojos. Aguantó sonriente mi mirada, con cierto desafío.

—Te debo una copa, ¿recuerdas? —me dijo con suavidad—. Creí que eso sería lo primero que pedirías —añadía con picardía.

—¿Puedo pedir algo más? —pregunté con cierta duda. —Prueba...

—Eso puede ser muy peligroso para ti..., Laurie.

—No lo creas, Roy.

Se alejó unos pasos moviendo el trasero y se encaminó al mueble bar que había en un rincón al fondo de la salita. Mis ojos la siguieron incapaces de perderse el espectáculo. —¿Whisky? —me preguntó—. ¿O prefieres otra cosa?

—Whisky, por favor, y si tienes «Johnny» mejor, y con mucho hielo.

No tardó en regresar junto a mí con dos vasos.

Me entregó uno y alzó el suyo.

—Por nosotros, Roy.

—Por ti —dije y di un largo sorbo.

Demasiado tarde me apercibí de que aquello no tenía el gusto del «Johnny», ni tan siquiera sabía a whisky.

¿Qué diablos le había puesto, la muy zorra?

—¡Sherman! ¡Oleson! —gritó—. Ya podéis entrar.

Se abrió la puerta que debía dar al dormitorio y dos mastodontes hicieron su entrada.

Sentí que me flojeaban las rodillas y se enturbiaba la visión, pero aún tuve tiempo suficiente para descubrir quién era Oleson. ¡Diablo!, era calcado a la «simpática» señora Oleson de *La casa de la pradera*, debía ser un mote o un nombre muy casual.

Luego solté el vaso y me desplomé hacia adelante.

En última instancia, viniendo de muy lejos oí la voz de Laurie que

decía:

—¡Matadlo! Es orden de Hawthorne. Pero no aquí.

Sentí que zarandeaban mi cuerpo, con escasos miramientos.

Luego todo fue silencio, y dejé de interesarme, para hundirme en el vacío.

* * *

Desperté con la boca pastosa y una enorme sensación de náuseas. No sabía cuánto tiempo estuve inconsciente. Me dolía terriblemente la cabeza y quise llevarme allí la mano derecha, para sujetarla y que no diera más vueltas. No pude. Entonces comprendí que estaba atado de pies y manos.

Los muy cabrones habían hecho un soberbio trabajo.

No habían empleado cuerdas, sino alambres y éstos hacían muy bien su trabajo, lacerando de paso mi piel.

Intenté girarme y no pude. Entonces advertí que además estaba tirado boca arriba en el suelo de un coche en movimiento.

Corroboré está impresión cuando una suela de zapato se me paseó por el rostro aplastándome la nariz.

—Ya despierta el fisgón, Oleson —dijo una voz.

Debía ser la del llamado Sherman.

Luego, Oleson y el chófer iban delante.

Había caído como un imbécil, en manos de aquellos *killers* a sueldo. Sin duda ella había telefonado desde el Red Moon para organizarme el comité de recepción en su apartamento, mientras yo conversaba con Monroe. ¡Diablo con la chica!

Era francamente hermosa, pero la muy zorra tenía muy mala leche.

Moví el hombro izquierdo y noté que me habían librado del peso de la «Magnum». Era lógico.

—¿Adónde vamos?

—A dar un paseo... —rió Sherman.

Era la respuesta que merecía una pregunta estúpida.

—¿Falta mucho?

Se echaron a reír.

—¿Tienes prisa? —rió el chófer.

No contesté.

—Estoy incómodo —gruñí—. ¿No podrían sentarme?

—Perdería mi mullida alfombra —rió Sherman.

—Me está arruinando el traje —gruñí furioso.

Nuevamente rieron con ganas.

Oleson dijo:

—¡Imaginaos cómo se pondrá el fisgón cuando se lo agujereemos!...

Y volvieron a soltar la carcajada.

—¿Es que van a matarme? —pregunté por preguntar, porque recordaba perfectamente la orden que les diera Laurie.

—¿A ti qué te parece, fisgón?

—¿Pueden decirme al menos el nombre del fulano que les mandó liquidarme?

—Cierre la boca, Nelson. Estoy harto de sus trinos.

Poco rato después por los botes y vaivenes que dio el coche me percaté que dejábamos la autopista por la que habíamos circulado, para tomar un desvío, posiblemente una carretera de segundo orden.

Tras un buen rato de dar tumbos por el camino vecinal aquel, el coche se detuvo. Oleson y él conductor bajaron.

Abrieron la puerta a Sherman quien descendió, pisándome sin contemplaciones.

Se desperezó y luego vino hacia mí agachándose.

Tras un rato de forcejeo me libró de las ligaduras de los pies, y agarrándolos tiró de mí hacia el exterior del vehículo.

Cuando toqué el suelo con ellos, me incorporé, poniéndome trabajosamente en pie.

Tenía adormiladas las piernas y los brazos y sentí mil pinchazos. Estábamos en el calvero de un bosquecillo, junto al camino.

Me rodearon los tres y me hicieron una seña de que caminase en determinada dirección. Hacia los árboles, enfocado por los faros del automóvil.

Tuve el presentimiento de que mi final estaba muy próximo y con él los de Vera y Rosie.

* * *

Loretta se paseaba inquieta por el apartamento de Roy Nelson. Siguiendo el consejo del investigador privado había propuesto su retorno al apartamento que había tenido con Vera. Había cogido miedo.

Roy le había dicho que tendría trabajo hasta altas horas de la madrugada. Esto le hacía pensar en otra mujer. No estaba enamorada de Roy Nelson, pero le atraía y se sentía bien en su compañía. No estaba dispuesta a ser un juguete de toma y deja en sus manos.

Se le había despertado el apetito. Miró su reloj, era ya muy tarde,

pero imaginó dónde encontrarlo: en el Nueva Seúl.
Cerró la puerta del apartamento y salió poco después del edificio.
Roy se iba a llevar una buena sorpresa.
Poco después empujaba la puerta del restaurante chino.
El propio Li-Wang-Pen acudió a recibirla, haciéndole una cortés reverencia después de darle las buenas noches.
—Buenas noches, señor Li. ¿Está el señor Nelson? —dijo Loretta mirando por sobre los hombros del chino las mesas del fondo y las que tenía en derredor.
—Hace escasos minutos que señor Nelson, salí.
Loretta hizo una mueca de contrariedad.
—¿Desea la señolita cenar?
La joven titubeó unos instantes, luego asintió con la cabeza.
Li descruzó los brazos ocultos en las amplias mangas de su traje oriental y alargando el derecho le señaló una mesa.
—¿Vino solo, el señor Nelson? —preguntó Loretta tomando la carta de manos de Li-Wang Pen.
—Li tenel poble memolia. No lecoldal. No olvidal en cambio helmoso lostlo de señolita Loletta.
Luego describiendo con un amplio círculo de su brazo, la totalidad del restaurante, añadió:
—A Li gustal que en su humilde jaldín se encuentle tan bella flol.
Loretta agradeció con una amplia sonrisa el cumplido de Li-Wang-Pen, pero quedó más convencida que nunca de que Roy Nelson había estado cenando allí con otra mujer.
¿Conque Li no tenía memoria? ¡Vaya rostro!

* * *

Mientras tanto el sargento Finney llamaba desde una cabina telefónica a la Brigada de Homicidios.
Apenas unos segundos y el teniente Hawkins se puso al otro extremo.
—Diga, Finney.
—Tuve razón, teniente. Nelson estuvo cenando en el Nuevo Seúl con un bombón. Los seguí. Ahora están en el Red Moon.
—¿Ese cuchitril? ¿El de Monroe?
—El mismo, señor.
—No me gusta nada. Me parece que esta vez Nelson se ha pasado. ¡Meterse ahí acompañado! ¿Qué diantres busca?
—¿Qué quiere que haga, teniente?
—No los pierda de vista, Finney. Voy hacia allí —y colgó el

auricular.

Apenas quince minutos después el coche de Hawkins se detenía junto al de Finney, desde el que no perdía de vista la entrada del Red Moon.

—Siguen ahí, teniente —dijo Finney.

Hawkins no tuvo tiempo de contestar.

En aquel momento salían Roy Nelson y su bella acompañante por la puerta. Hawkins se ocultó tras el coche del sargento y los siguió con la mirada hasta ver que se dirigían al Chrysler de Nelson.

Entonces tomando una decisión subió al coche que conducía el sargento sentándose junto a él.

—Dejaré aquí mi coche. Seguiremos con el suyo, Finney. No los pierda de vista. Quiero saber qué se trae entre manos ese entrometido.

Unos segundos después a prudente distancia, Hawkins y su fiel Finney despegaban su auto de la acera en pos del de Roy Nelson.

Así llegaron a poca distancia del apartamento de Laurie, el número 582 de la calle 19.

Vieron a Nelson descender con ella y apagaron las luces de su coche aparcando a poca distancia.

—¿Qué hacemos ahora, señor? —preguntó Finney.

—Tal vez perdemos el tiempo, y estamos asistiendo a unaaventurilla amorosa de nuestro amigo, pero tengo el presentimiento de que no es así. Cuando tiene algo entre manos, ese Nelson, es inagotable. Algo pasará.

Poco se imaginaba el sargento cuán cerca estaba Hawkins de ver realizada su intuición.

—¿Subimos?

—No, Finney. De momento, nos armaremos de paciencia y esperaremos. Si dentro de un rato no dan señales de vida, veremos qué será mejor si subir o largarnos.

—Como usted ordene, señor —gruñó Finney.

—¿Un cigarrillo, sargento? —inquirió Hawkins, alargando un paquete de cigarrillos a su subordinado.

—Gracias, señor —dijo Finney tomando uno.

Ambos encendieron sus cigarrillos y se dispusieron retrepados en los asientos a esperar a Roy Nelson.

Apenas veinte minutos después, desde la oscuridad de su automóvil fueron testigos de algo sorprendente.

Dos tipos con aspecto de gorilas salían de la casa donde se había introducido Nelson, llevándolo sujeto por debajo de los brazos como si estuviesen sosteniendo un borracho. Los agudos ojos de Hawkins percibieron no obstante que en realidad Roy Nelson estaba privado del conocimiento.

—Vamos tras ellos, teniente —dijo Finney desenfundando su 38 de reglamento.

—No, sargento. Espere. Quiero saber dónde lo llevan. Tal vez nos conduzcan a una pista interesante.

Finney enfundó de mala gana su revólver.

Mientras los dos tipos estaban introduciendo a Nelson en la parte posterior de un negro sedán, aparcado a unos cincuenta metros delante de donde ellos se hallaban. Otro individuo se apeó del asiento del conductor para ayudarles.

Acomodado el cuerpo inánime de Nelson, subieron todos al vehículo y éste se puso en marcha.

Finney a una orden de Hawkins dio vuelta a la llave de encendido y puso el motor en marcha.

Poco después ambos coches se deslizaban hacia las afueras de San Francisco. Ignorantes los del sedán de que tenían el coche de los dos policías, convertido en su sombra.

CAPÍTULO XII

—Párate, «pesquisa» —dijo la voz de Sherman—, Y date la vuelta. Obedecí.

Los tres estaban ahora frente a mí. Pistola en mano.

—¡Maldita sea! —gruñí, escupiendo en el suelo, en su dirección—
¡Si no estuviera maniatado con esos alambres! ¡Os iba a contar un cuento!

Oleson lanzó una risotada.

—Ya es tarde para hacer ejercicio, hermano —dijo alzando la pistola.

En aquel preciso momento sonó una detonación y una voz que yo identifiqué en seguida ordenó:

—¡Están rodeados! ¡Tiren las armas, en nombre de la ley! ¡O tiraremos a matar!

Los muy bastardos no sólo no obedecieron sino que se dispusieron a freírme a tiros antes que nada.

Dando un salto de costado, me zambullí en los matorrales que cubrían el suelo. Algunas balas pasaron zumbando sobre mí y un par levantaron una fina columnilla de polvo ante mi nariz.

Las armas de quienes venían en mi ayuda, tronaron casi al unísono y desde el suelo, pude ver cómo se desplomaban Sherman y el tipo que había conducido el automóvil.

Oleson, aún pistola en mano, huía zigzagueando hacia mí. En unos segundos lo tuve encima.

No vacilé.

Levanté ambos pies y los estampé en su bajo vientre, con toda la fuerza de que fui capaz.

Pareció como si hubiera chocado con una muralla invisible.

Soltó el arma.

Debió sentir los ardores del infierno mientras se desplomaba sin un grito.

Si vivía aún, lo haría hasta que lo tostasen en la silla, como un eunuco.

Me incorporé a duras penas.

Los faros del sedán seguían iluminando la escena.

Dos siluetas corrieron hacia mí. Pese, a venir a contraluz los reconocí de inmediato.

Eran Hawkins y Finney.

—Jamás creí que me alegraría tanto al verles —gruñí.

Hawkins sonreía.

—Les debo la vida —dije—. Nunca creí que me libraría de esos matarifes.

Luego añadí:

—Sargento, mire si tiene por el coche unas tazas. Tengo las muñecas destrozadas.

—Bueno, Nelson, supongo que ahora me contará algo de este lío.

—Claro, Hawkins. Ya sabe que me gusta colaborar,

—Humm —gruñó el teniente—. ¿.Quiénes eran éstos?

—Hombres de Clem Hawthorne.

—¿Y ése quién es?

—Es un tipo con mucha pasta. Dueño del yate *White Flower*.

—Si empiezas por el principio, a lo mejor entiendo algo.

Finney llegó entonces hasta nosotros. Caminamos los tres hacia los faros del sedán y a su luz Finney cortó los alambres que tanto me martirizaban y que habían dejado morados surcos en mi piel.

Froté mis manos casi insensibles para restablecer la circulación, pues las ondas de dolor me producían escalofríos en todo el cuerpo.

Poco a poco fueron perdiendo el color amoratado que habían adquirido.

Por decisión de Hawkins, recogimos entre los tres los cuerpos de Sherman y el conductor.

No había un ápice de vida en ellos.

La puntería de Hawkins y Finney había sido inmejorable pese a la escasa luz. Luego caminamos hasta llegar ante el cuerpo de Oleson.

Me incliné.

El pulso latía débilmente, pero aún estaba vivo. Lástima.

Lo arrastramos hasta el sedán y lo dejamos junto a los otros en la parte posterior no sin antes atarlo con su propia corbata y con las de los otros dos gorilas.

—Finney, tome usted el volante del sedán. Nelson y yo le seguiremos en el nuestro. Vamos primero al Precinto. Allí ya distribuiremos esa carroña.

—De acuerdo, teniente.

Finney comenzó a maniobrar y enfocó el vehículo de cara al camino que daba a la autopista.

Hawkins y yo fuimos andando hasta donde habían dejado ellos su coche con las luces apagadas, unos doscientos metros más atrás del calvero.

Cuando estuvimos ya en marcha, Hawkins, repitió su pregunta:

—Empieza, Nelson. Soy todo oídos.

—Bien, Hawkins, como ya Se dije fui contratado para encontrar a Vera Gilroy, modelo de profesión y recién millonaria por fallecimiento de su tío y único pariente. Mortimer Gilroy.

»Su búsqueda me llevó a dos amistades tuyas, Rodney Bancroft propietario del yate *Golden Lion* y Clem Hawthorne del *White*

Flower. Ambos negaron haber nada del paradero de Vera. Sin embargo, pude saber que Hawthorne había estado complicado en el secuestro para obligarla a prostituirse en país extranjero de Lucy Bronson. El agente exportador fue Mark Johnson. A éste como ya le dije, lo mato la hermana de Lucy Mona. Y ésta fue asesinada a su vez por Smiley un gorila al servicio de Hawthorne, porque se enteró de demasiadas cosas.

»Una amiga de Bancroft a quien encontré en casa de otro amigo de Vera, un tal Randolph Murphy fotógrafo y a quien conocía como prometida de Bancroft, vino a cenar conmigo al Nueva Seúl. Fuimos luego al Red Moon y de allí a su apartamento. Se las ingenió para llamar desde el club a esos gorilas que nos esperaban ya en su casa. Me narcotizaron y me trajeron a ese bosque. Esa es toda la historia.

Hawkins permaneció unos instantes callado. Atento a la conducción del coche policial.

—¿Qué más guardas para ti, Nelson?

—Eso es todo, Hawkins. Se lo aseguro. Luego no diga que no colaboro. ¿Cómo llegaron tan oportunamente?

—Te seguimos desde el Nueva Seúl.

—¿A mí, por qué?

—Dudaba que vinieses a verme. Y ya estoy harto de oír tu voz por teléfono y tener que salir a recoger un fiambre, sin saber de qué va el asunto.

—Bien, ahora ya lo sabes —reí.

—Me gustaría también saber tu opinión sobre este lío.

—¿Mi opinión?

—Eso dije.

—Bien, Hawkins. Voy a decirle algo. Creo que detrás de este embrollo hay una red de trata de blancas, utilizaban los contactos de Mark Johnson y lo efectuaban con los yates de Bancroft y Hawthorne. Debían simular fiestas a bordo y algunas chicas ya no regresaban. Mona Bronson se enteró de lo ocurrido a Lucy y se cargó a Johnson. Me preocupa lo que puede haber pasado con Vera Gilroy y con Rosie.

—¿Y ese Randolph Murphy? ¿Crees que también está involucrado?

—Lo más seguro. El debía hacer los «muestrarios» de las chicas. Su especialidad son las fotografías de nenas ligeras de ropa.

—Ya.

Se hizo un breve silencio entre nosotros. Nuestros sesos respectivos trabajaban a toda presión.

—¿Dónde quieres que te deje? —preguntó Hawkins cuando ya llegábamos al centro—, ¿En tu casa?,

—No —gruñí—. Voy a visitar a la nena que me «cargó» la copa de whisky. Luego te llamaré para que la recojas.

—Ya es muy tarde, ¿no?

Me encogí de hombros.

Estaba totalmente desvelado,

—Yo trataré de hacer cantar a ese pájaro que casi dejás capado.

—Espero que lo esté —dije sádicamente.

—Según lo que le saque iremos más pronto a por esos *yachtman*.

—Yo por la mañana iré a un par de visitas a Oakland. Te espero a las nueve de la noche en el Nueva Seúl. Os invito a cenar a ti y a Finney. ¡Qué diablos! Celebraremos mi nacimiento.

—O. K. —dijo Hawkins—. No hay como ser «fisgón» para ser generoso.

Le contesté con un gruñido.

Me había hecho recordar que aún no le había pedido mis honorarios ni una cantidad a cuenta a Loretta y lo que es peor me había hecho recordar que debía estar calentándome la cama, mientras yo andaba .jugándome el pellejo.

¡Perro mundo!

Hawkins había adelantado al coche de Finney haciéndole señas de que nos siguiera. Me dejó frente a la casa de Laurie.

—Ten cuidado —me dijo sonriente—. No siempre estará la policía velando por ti.

Estuve a punto de soltar un taco, pero me callé. El muy bastardo tenía toda la razón.

Bajé y cerré la puerta, caminando hacia el edificio.

—Oye, Nelson. ¿Qué dijiste que ibas a hacer en Oakland? —me preguntó gritando.

Volví sobre mis pasos y a través de la ventanilla le dije:

—Es el cumpleaños de mi abuelita, ¿no te lo dije?

Es irrepetible lo que me respondió.

¡Qué mal hablados son algunos polizones!

CAPITULO XIII

Pulsé el timbre de Laurie y oí sonar el carillón al otro lado de la puerta.

Esperé unos minutos.

Nadie abrió la puerta. Silencio.

¿Se habría marchado o estaría durmiendo?

Quizá no había oído el timbre.

Me encogí de hombros. No valía la pena insistir.

Pronto saldría de dudas.

Saqué mi juego de ganzúas. Elegí una.

Premio. Acerté a la primera.

La puerta se abrió suavemente. Encendí la luz y cerré de nuevo. ¡Sorpresa! Sobre una mesilla vi mi «Magnum». Le cambié el cargador por otro que llevaba en el bolsillo posterior del pantalón. ¡Nunca se sabe! Ahora me sentía mejor. Lo deslicé en la funda axilar que no me habían quitado y respiré a gusto.

Luego Concentré mi atención en la puerta que daba al dormitorio. La entreabrí despaciosamente y atisbé en la oscuridad, a la par que alertaba mis oídos.

Alguien dormía tranquilamente. Tanteé junto al borde de la puerta y accioné el interruptor.

Efectivamente, Laurie dormía apaciblemente. Sobre la sábana, con un camisoncito despampanante que transparentaba su armonioso cuerpo.

¡La muy perra! Me había hecho llevar al matadero y ella allí roncando a pierna suelta. Estuve tentado de ahogarla.

Pero muerta no me servía de nada.

Y viva, cantaría mejor que Jeannete MacDonald.

Andando de puntillas llegué hasta la mesilla de noche, junto a la cama, tomé en mi mano derecha un vaso de agua que había sobre ella y la dejé caer sobre su cara, lentamente.

Respingó, manoteo y pataleó, como si en verdad se estuviera ahogando. Por fin, al cesar el remojón, abrió los ojos y parpadeo asombrada.

—¡Tú! —exclamó—. ¡No es posible! —Empezó a palidecer.

—Te aseguro que no soy un fantasma —dije con acidez.

—¿Cómo has entrado?

—Utilicé una ganzúa.

Sus ojos me miraban con una mezcla de ira y temor.

—¿A qué has venido? —preguntó.

Me hizo reír, francamente.

—¿Qué a qué he venido? Acaso te extraña. Tengo una cuenta pendiente contigo, nena. ¿Tan mala memoria tienes? Yo recuerdo

muy bien tus últimas palabras: ¡Matadlo!

—¿Dónde están? —inquirió débilmente.

—¿Los tipos que habían de acabar conmigo? En la Morgue.

Laurie se estremeció.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Escuchar cómo cantas, guapa Y luego, llevarte a la Brigada de Homicidios para que empiecen los trámites para asarte en la silla. ¿Comprendido? —dije en tono truculento.

—No hablaré —dijo con cierta firmeza.

—Sentiré romperte la cara o algún hueso, nena. Pero lo haré a gusto, recordando el paseo que me hiciste dar.

—No hablaré—repitió con obstinación.

—¡Y un cuerno! ¡Hablarás! ¿O qué clase de idiota te crees que soy?

—¡Maldito seas, Roy! —chilló sentándose en la cama, sin preocuparse de la generosa exhibición de sus encantos que me estaba haciendo y que ya iban dejando de ser novedad para mí. Le largué un bofetón que la lanzó contra el respaldo de la cama. Sus ojos se poblaron de lágrimas, mientras apretaba los labios. No vacilé.

No lo merecía tampoco.

Un nuevo bofetón, y su mejilla quedó arrebolada.

—¿Qué quieres saber? —balbució, convencida al fin de que hablaba en serio.

—Todo. Y será mejor que empieces cuanto antes. Tengo sueño. Y añadí: ¿Dónde están Vera Gilroy y Rosie Forbes? ¡Contesta!

—En Oakland. En el castillo de Mortimer Gilroy.

—¿Por qué allí?

—Gilroy era el jefe.

—¿Qué pintas tú en este embrollo?

—Soy amiga de Clem. Mi trabajo era reclutar chicas, presentarlas a él y a Bancroft. Ellos daban fiestas a las que asistían futuros compradores. Luego las llevaban una temporada al castillo de Gilroy en Oakland donde las preparaban para lo que les esperaba. Palizas, lavado de cerebro, etc. Mark Johnson, tomaba nota de los «pedidos» y se hacía cargo de las entregas. Luego, las llevaban a alta mar en los yates. Allí las transbordaban.

—¿Tiene algo que ver Murphy, con todo eso?

—Sí —continuó Laurie—. El hacía las fotografías de las chicas en poses sugestivas que facilitarían la operación. Desnudas, claro.

—¿Porque te fotografiaba a ti? Eso no encaja, nena. Tú eras de la banda, no una candidata.

—Cuando viniste, estábamos fotografiando a Rosie Forbes, ¿entiendes? No podíamos dejar que la vieras, por ello la

ocultamos y yo me puse en su lugar.

—¡Malditos! —rugí sin poderme contener. Y agarré a Laurie por el cabello con la mano izquierda, mientras con la derecha le soltaba una bofetada que restalló como un latigazo.

Estaba fuera de mí.

Laurie estaba tan asustada que no creo sintiese el dolor del castigo que le imponía.

—Si le habéis hecho algún daño, juro que preferiréis morir a caer en mis manos —dije soltándola.

—Estaba bien. Asustada, pero bien. Te lo juro —balbuceó.

—Sigue —rugí—, ¿Qué hay del Red Moon?

—Es un negocio de Gilroy, lo administra Ben Monroe. Ben tiene mi misma labor, captar chicas que valgan la pena, con pocos amigos y sin familia a poder ser, o cuando menos alejadas de ella. Desde allí, llamé esta noche a Clem, pidiendo instrucciones. El fue quien decidió que había que eliminarte y el que envió a Bert, Oleson y Sherman. El les dio su llave de mi apartamento para que nos esperaran dentro. No debían intervenir hasta que yo diese la señal.

Hizo una pausa, luego siguió:

—A las diez de la mañana cuando fuera como todos los días al *White Flower* ya me enteraría del final de tu paseo...

—¿Qué crees que debo hacer contigo, zorra asquerosa? —dije con brutalidad.

Laurie no respondió.

—¡Contesta! —gruñí.

—Jugué y perdí. Eso es todo.

Me miró con fijeza, no había dulzura en su mirada, pero tampoco odio, sólo una gran indiferencia. No parecía darse cuenta de lo mucho que la atañía lo que se estaba hablando.

—No pienso implorarte, si es lo que estas esperando —dijo fríamente.

—Lo sé —dije convencido.

—Ni voy a ofrecerte a cambio de nada —dijo con altivez, elevando la barbilla.

—¿Tampoco a cambio de la libertad? —inquirí burlón.

—No.

—Está bien. Vístete —ordené.

—¿Delante tuyo?

—No seré la primera vez que te vea desnuda. Y prefiero vigilarte, ¿estamos?

Lentamente, con el deliberado propósito de fastidiarme, convirtió el salir de la cama, quitarse el corto camisoncito bajo el que nada llevaba y vestirse, en una auténtica y gloriosa representación del

más erótico *strip-tease*.

Por un momento me costó recordar que aquella hermosa hembra me había enviado a la muerte sin parpadear siquiera.

Y más que como una Venus la imaginé como una gigantesca *Mantis religiosa*. (1).

(1) Ortóptero hembra de 42 a 75 mm. de longitud, una de las más voraces de la familia. Es además una de las especies en que el macho es devorado por la hembra después de la fecundación y aun durante ella. (N. del A.)

—Ya estoy —dijo acabándose de alisar las medias.

—Haz tu equipaje con lo más imprescindible. Con una maleta bastará.

Obedeció sin replicar.

Diez minutos después estaba lista.

—Coge la maleta.

—Creí que la llevarías tú. ¿No es eso lo que hacen los caballeros?

—Exactamente. Y yo también, pero sólo con las damas, no con las zorras de cierta especie.

Se mordió el labio inferior furiosa y cogió la maleta.

Salimos después de apagar la luz y cerré de golpe.

Bajamos en el ascensor hasta el vestíbulo. Lo cruzamos y salimos al frío de la noche. Había una densa niebla. Para variar, claro.

Le señalé el Chrysler. Aún estaba allí.

Puse la maleta sobre el asiento posterior y a ella la hice sentarse a mi lado en el otro asiento delantero.

Di a la llave de contacto y puse el motor en marcha.

Viajamos un buen rato por las desiguales calles de San Francisco sin despegar los labios.

Hasta que al final, nos detuvimos ante un letrero luminoso vertical que decía: «Hotel», El barrio no era de los más distinguidos, ni aquel hotelucho lo frecuentaba la élite de la ciudad, pero era el negocio de Fred Parks y en este momento era lo que necesitaba:

Hice una señal a Laurie para que descendiera y cogiera su maleta.

—Esto no es la Brigada de Homicidios. ¿Puedo saber qué te propones?

—A su debido tiempo, encanto. ¿Andando! —ordené después.

Entramos haciendo bascular la puerta giratoria.

El conserje de noche dormitaba apoyado en la mesa que tenía delante. No nos oyó entrar.

Pegué una fuerte palmada sobre el timbre de campanilla que había en el mostrador.

El durmiente despertó sobresaltado, mirando hacia el techo. Igual temía otro terremoto.

—Avise al señor Parks. Quiero hablar con él urgentemente —

gruñí.

Se puso a reír a carcajadas.

—¿A estas horas? ¡Usted está borracho, hermano!

Como ya dije, tenía sueño, así que no quería perder las tres o cuatro horas que podían restarme de estar en la cama. Así que nuevamente empleé la vía rápida que suele ser la más corta.

Así al sujeto por las solapas y lo atraje hacia mí por encima del mostrador.

No debió gustarle, pues se puso a patalear y a agitar los brazos como si estuviera nadando.

Lo solté y cayó hacia atrás pesadamente.

—¿Tiene bastante o quiere más, hermano? —dije remedándole, incluso en el tonillo de voz.

—Avisaré al señor Parks —decidió—. Pero le advierto que se levantará de malas pulgas y es un tío así de grande.

Abrió los brazos en cruz. Luego se fue a escape.

Laurie se había dejado caer en un sillón y contemplaba la escena sin articular palabra. Parecía meditar.

Encendí un cigarrillo y me entretuve unos minutos lanzando volutas de humo en forma de aro. El conserje se había marchado hacía ya unos minutos.

De pronto oímos descender el ascensor y un individuo en pijama envuelto en una bata gris salió precediendo al asustado conserje que se retrasó cerrando las puertas.

—¡Nelson! —dijo el gigante—. ¡Por todos los cielos!, ¿qué hace aquí a estas horas? —Y me alargó la mano que estreché cordialmente.

—Necesito su ayuda, Fred.

—Lo que sea.

—Gracias. Sabía que es usted un buen amigo.

—Y una persona agradecida, Nelson. Le debo mucho, y yo no olvido.

—Dejemos eso ahora, Fred. Vayamos al grano.

—Soy todo oídos.

—Esta señorita que me acompaña, llamada Laurie, es mi invitada hasta mañana a las siete de la tarde. Sus gastos de estancia y manutención corren de mi cuenta. Estará completamente incomunicada. Nada de recados, ni salidas. Y obvio es decir que nada de teléfono. El personal que la atiende debe ser a todos efectos leal a estas normas. No debe dejarse sobornar ni por dinero, que debe llevar, ni por sus encantos. En este terreno es peligrosa. Esto, repito, hasta las siete de la tarde. A esa hora queda libre de hacer lo que le plazca.

Laurie nos escuchaba en silencio, con un leve tinte de asombro en

su rostro.

—¿Algo que oponer? —pregunté con sequedad, dirigiéndome a ella.

—¿Por qué no me entregas a la policía?

—Lo pensé mejor. Lo único que me interesa es que no tomes contacto con nadie que pueda estropear mi labor final.

—Podía haberte dado mi palabra.

—No hubiera podido creer en ella, Laurie. Lo siento.

—Supongo que debo darte las gracias...

—Eso es cosa tuya, encanto.

—Antes no respondiste a mi pregunta. ¿Por qué lo haces? —Tal vez porque creo que aún hay quien puede regenerarse si se le da una oportunidad. Sólo por eso.

Y volviéndose a Fred Parks que había escuchado en silencio nuestra conversación, le dije:

—¿Puedo contar contigo, Fred?

—Soy tu amigo, ¿no?

—Gracias —dije estrechando de nuevo su mano—. Y perdona que te hiciese levantar. Tengo el tiempo muy justo. Mañana le veré un momento u otro.

—Cuando quieras, Roy:

Me volví al conserje que había seguido la escena con ojos como platos reflejando incredulidad, sin duda había esperado que Parks me vapulease,

—Buenas noches, amigo —le dije.

Por último miré a Laurie.

Sus ojos tenían una extraña expresión. Parecían velados por una lágrima que pugnase débil por brotar de ellos y al mismo tiempo no habían abandonado aquel acerado punto de dureza.

No se levantó del sillón.

—Adiós, nena —dije sin alargar mi mano.

—Adiós, Roy —musitó.

Y salí al frío del amanecer.

* * *

Inserté mi llavín en la cerradura de mi apartamento.

Lo hice girar y entré. Encendí la luz, y me dirigí antes que nada al mueble-bar.

Tenía la garganta seca.

Me serví una generosa ración de «Johnny» que bebí de un trago y luego me puse otra con hielo.

Me dirigí de puntillas a mi habitación. Loretta debía estar en el mejor de los sueños.

Empujé suavemente la puerta.

Al leve resplandor de la luz que tenía a mi espalda, pude ver, cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, que la cama estaba vacía.

Sobre ella había una hoja de papel.

Encendí la luz y tomándola en mis manos, pude leer:

Querido Roy: Llamé a una amiga para que me ayudase a poner en orden mi apartamento y se quedase esta noche conmigo en él haciéndome compañía. Telefonéame mañana con las noticias que tengas. Buenas noches, amor.

Guardé la nota en el bolsillo y vacié el vaso de whisky.

Mejor que no estuviera, Loretta.

El día había sido arduo y estaba molido, y aunque pocas horas, tres a lo sumo, algo podría descansar.

Apagué la luz del recibidor y me dejé caer sobre la cama.

A los dos segundos roncaba beatíficamente.

No había podido ni desvestirme.

El despertador sonó estridentemente hiriendo mis oídos.

Abrí un ojo y miré las manecillas.

Las siete y media.

Me levanté de un salto, sin pensarlo dos veces y me dirigí al cuarto de baño.

El chorro de agua templada sobre mi piel fue desentumeciendo mis músculos gradualmente y acabo por despojarme por completo al ir yo enfriándola hasta caer fría por completo.

Me froté con una gruesa toalla el cuerpo y en seguida me encontré mejor. Afeitarme con la rasuradora me llevó ocho minutos escasos.

Luego pasé a la pequeña cocina y me preparé un café

Con la taza en la mano fui hasta la salita. Me senté en un sillón orejero y tomé el teléfono.

Disqué el número de la Brigada de Homicidios y al establecerse la comunicación pedí por Hawkins.

No tardó en ponerse al auricular.

—¿Hawkins? —interrogué.

—Buenos días, Nelson. Veo que eres madrugador.

—¡Maldita sea! —gruñí—. Apenas he podido acostarme. ¿Alguna novedad?

—El tipo a quien sacudiste el patadón nos dijo algo y firmó una confesión.

—¿Cómo que dijo algo? Tendría mucho que decir, supongo.

—No pudo. Lo reventaste y murió.

—R I P. —gruñí nuevamente.

—¿Y la chica? La que te envió al paseo... aún espero que me llames para recogerla empaquetada.

—No la vi. Cuando llegue, había volado.

—¿Estás seguro?

—¿Te he mentado alguna vez? —exclamé con desfachatez.

—Siempre que has podido, truhán —gruñó Hawkins.

—Bueno, pues esta vez es cierto.

—Ahora mismo íbamos a por Hawthorne y Bancroft. Acabo de recibir las autorizaciones judiciales de registro de los yates.

—Suerte.

—¿Querías algo?

—Creo tener ya todos los hilos de este jeroglífico. Anótate esta dirección.

Consulté la agenda de Vera Gilroy y le di la dirección del castillo del fallecido Mortimer Gilroy.

—¡Oye, esto está en Oakland! —exclamó Hawkins.

—Ya lo sé. Me interesaría que a las doce en punto invadierais el castillo. Ponte de acuerdo con los muchachos de Oakland.

—¿Dónde estarás tú?

—Dentro.

—No irás a meternos en un lío... —murmuró no muy convencido.

—Trato de meterte en primera página en los periódicos, Kenneth. Es un buen empujón para un ascenso.

—Oye, ¿y dices que es un castillo?

—Eso parece. Y según mis informes, muy peculiar.

—Está bien, allí estaremos —dijo a regañadientes.

—Recuerda bien. A las doce en punto. No antes. Y pro; cura que no sea después por si os necesito para salir de allí vivo.

Y colgué, antes de que pudiera hacerme más preguntas.

Agarré la guía telefónica de San Francisco y busqué un número en ella. Era el de un Banco donde tenía un buen amigo, Cliff Miller, que ocupaba el cargo de interventor.

No estaba muy seguro de que hubiese ya llegado, pero decidí probar.

En breves instantes hablaba con él.

Después de saludarnos, pasé a lo que me interesaba.

—Cliff, te he llamado para pedirte un favor. Estoy haciendo una investigación sobre una muchacha desaparecida, una tal Vera Gilroy. Al parecer ha heredado a su tío y único pariente Mortimer Gilroy, millonario, según dicen. Los abogados de la chica, de Oakland, han abierto allí, en el National Bank, una cuenta a nombre de la heredera. Me interesa saber la cuantía de esa cuenta y si ha tenido recientemente movimiento; también si ha sido por órdenes de transferencia o por talón bancario. ¿Puedes conseguirme esa información?

—Si, claro. No creo que haya ningún problema —respondió Miller—, ¿Dónde quieres que te llame mañana por la tarde para darte la información?

—Creo que no me he explicado bien, Cliff. Es muy urgente. La necesito ahora.

—¿Estás loco, Roy?

—Aún no —respondí no muy convencido—, Pero llevo el camino. Estoy en mi apartamento, apúntate el número de mi teléfono por si no lo tienes a mano,

Y se lo di a continuación.

—No olvides llamarme inmediatamente, Cliff. No puedo moverme hasta tener esos datos.

Y como hiciera antes con Hawkins, colgué sin esperar respuesta. Sabía que Miller no me defraudaría. Para él sería fácil informarse. Me levanté y volví a mi dormitorio, donde empecé a vestirme sin

darme demasiada prisa.

En cuanto recibiese la información de Miller, iría a visitar nuevamente a Randolph Murphy y luego iría a Oakland. Con la información que esperaba, me evitaría ir a visitar a Latimer y Latimer abogados, al menos por el momento.

Apenas transcurrió media hora cuando el teléfono comenzó a repiquetear. Era Cliff Miller.

—Tengo ya esos datos, Roy —dijo la voz de Miller desde el otro de la línea— Esa chica tiene efectivamente una cuenta abierta en ese Banco con un saldo actual de un millón ochocientos mil dólares. La abrieron Latimer y Latimer abogados, y desde entonces no ha tenido movimiento de ninguna clase.

—¿Estás seguro? ¿Ningún talón, Cliff?

—Completamente seguro. Sigue intacta.

Algo no funcionaba correctamente, me lo avisaba un sexto sentido. ¿Pero qué? Algo no era lógico.

—Al parecer existen otras cuentas en el extranjero, concretamente en Suiza, por importes superiores, pero eso no me lo han podido concretar.

—Buena labor, Cliff —exclamé, aunque en realidad aún no sabía de qué podía servirme todo ello.

—¿De veras te sirve de algo esa información?

—Claro, muchacho. De mucho. Ya te lo contaré cualquier rato.

Y después de un breve intercambio de trivialidades, nos despedimos.

No tardé en salir de casa. Eran las nueve menos unos pocos minutos. Bajé por el ascensor directo al parking y subí a mi «Chrysler».

Ardía en deseos de «hablar» con Randolph Murphy, y recuperar, para destruirlas, las fotos que le hiciera a Rosie, ¡Maldito cerdo!

Yo si que le iba a enseñar un buen «muestrario». Le haría un tratamiento de estética facial que no envidiaría el mismísimo monstruo de Frankenstein.

Y así, paladeando con placer, el momento de volcar sobre Murphy mi mala leche, seguí rodando en mi «vetusto» automóvil camino del estudio fotográfico.

No tardé mucho en llegar. Entre otras cosas, porque corrí bastante, impaciente por entrar en «materia».

Aparqué en la misma entrada.

Empujé la puerta de entrada y el sonido del timbre acudió a mi encuentro, Anna.

No puso buena cara al verme.

—¿Dónde está Murphy? —espeté a guisa de saludo.

—No está —dijo fríamente.

—Eso no responde a mi pregunta.

—¿Por qué había de responder? —gruñe.

Fin de mi paciencia y comienzo de mi cabreo.

La empujo sin ninguna delicadeza.

Rebota en la pared y viene hacia mí.

La agarro por los brazos y la zarandeo nuevamente.

—¿Dónde está Murphy? —repito, demostrando que cuando quiero soy un borde y no respeto nada.

Esta vez es suficiente.

No tiene madera de heroína, y «canta».

—Está en Oakland.

—No me diga más, hermana —mascullé—. Entonces sé dónde encontrarlo.

Y sin hacer el menor caso a sus protestas, tiro corredor adelante hacia su despacho.

Me siento en su mesa y empiezo a abrir cajones y revisar papeles y fotografías a velocidad endemoniada.

Nada.

No me molesto en colocar las cosas en su sitio nuevamente y las voy tirando al suelo, a medida que las reviso.

Anna no para de gritar y tratar de recogerlas.

Me exaspera. Va a lograr que estalle.

Al final lo consigue. Estoy hasta los mismísimos huevos de oír la berrear y me levanto como impulsado por un muelle. Doy un tirón a la bestia del cordón de la lámpara que hay sobre la mesa y lo empleo para atarle las manos.

Intenta evitarlo,

¿Esas tenemos? Como ya les dije tiene casi bigote y no siento el menor reparo en soplarle un tortazo que la deja dormida. Es como pegarle a un tío.

Sigo revolviendo.

Nada.

Al fin tengo una idea y recorro el local, dando al fin con lo que busco: el cuarto de revelado.

Empiezo a revolver los ficheros y mirar las fotografías colgadas de los cables del tendedero de secaje. No tardo en encontrar las que busco. Rosie está en ellas despampanante. En la mayoría tiene los ojos cerrados y por las posturas empiezo a comprender que han sido tomadas mientras ella estaba narcotizada o drogada. Los negativos están adjuntos. Me lo guardo todo en un bolsillo.

No puedo encontrar, sin embargo, ninguna de Vera Gilroy. ¿Por qué?

Vuelvo al despacho de Murphy con un pedazo de cordón que he

encontrado y ato también los pies de la inconsciente Anna.

Antes de irme llamo a la Brigada y dejo recado a Hawkins para que pase a recogerla cuando llegue.. No estoy muy seguro de que no tenga algo que ver con los de la banda.

Consulto mi reloj. Son poco más de las nueve y media. Tengo el tiempo suficiente para ir a Oakland y estar puntual a mi cita con Hawkins.

Una disparatada idea está tomando cuerpo en mi azotea.

CAPITULO XV

Eran poco más de las diez y media de la mañana cuando llegaba al centro de Oakland. Junto al lago Merrit, en un merendero, desayuné y de paso adquirí una guía de la ciudad. Tenía la dirección del castillo anotada y no me fue difícil situarla en el piano.

Acabé mi «Johnny» que, como yo habrán supuesto, era mi desayuno y tomé de nuevo el volante.

Oakland es una bella ciudad de grandes y largos paseos y anchas y niveladas calles magníficamente pavimentadas.

Atravesé un buen número de ellas hasta ¡legar al paseo que buscaba. No tardé en encontrar el número que señalizaba un buzón.

Y al fondo, lo vi. Majestuoso, altivo, con sus torres y almenas. Era en efecto un castillo medieval, remozado y transplantado allí.

Lo rodeaba un bosque de altos pinos y un césped que semejava un mar de hierba. Un paseo central, empedrado, con bancos y estatuas de mármol blanco a sus lados, alternando con altos y cuidados cipreses, conducía a la mansión.

Se veían profusión de faroles y luces en el exterior, rodeándolo. De noche debía ser un autentico espectáculo en contemplación. Algo así como una verbena. De día, en cambio, resultaba un tanto sombrío.

Me estremecí, al acordarme de las películas con que de niño me habían aterrorizado Karloff o Lugosi.

Palabra que tenía el mismo aspecto que la Mansión de Drácula. Aparqué el Chrysler y descendí, echándole la llave.

Me palpe la americana y noté el confortador peso de la Magnum. Un alto muro de piedra rodeaba la finca. En la parte frontal, frente al paseo de estatuas y cipreses había una elevada verja de hierro, junto a la cual en el interior había lo que debía de ser la caseta de un guarda.

Me acerqué a la verja y toqué el timbre.

Se abrió la puerta de la caseta y salió un tipo hercúleo y con cara de pocos amigos.

—¿Qué mosca le pica, amigo? —gruñe al acercarse.

Hay que reconocer que el tipo tiene buenos modales y decido ponerme a su altura cuando entre. Pero primero tengo que franquear la puerta.

Y para ello le lanzo una sonrisa de lo más cortés y una mentira de las más gordas.

—Murphy me espera dentro. Me llamó a San Francisco diciendo que recogiese en su estudio unas fotografías que me daría Anna y

que se las trajera.

Me saqué del bolsillo las fotos de Rosie y se las mostré de lejos a través de la verja. El tipo abrió unos ojos como platos. El muy cabrón se dio una buena ración de vista a costa de Rosie, pero era la única manera que se me ocurrió para que abriera.

Aun así el tipo vacilaba.

—Vamos, hombre, abre ya. Tengo que entregarlas a Murphy y volver al White Flower, Hawthorne me espera allá.

El nuevo comentario pareció decidirlo.

Juzgó, sin duda, que si sabía tanto es porque estaba también en el potaje y sacándose un manojo de llaves abrió la pesada puerta, que chirrió levemente.

Pasé al lado contrario. Es decir, al del interior y ya me disponía a recorrer el sendero cuando el tipo me dijo:

—¡Espera! Tengo que llamar diciendo que ya estás aquí. De modo que no te muevas. Te estaré vigilando mientras.

No podía consentirlo.

Si el tipo llamaba, me apresarían y se iría todo al cuerno.

Así pues, lo dejé regresar a la casa-garita y me situé a su espalda.

Apenas dio dos pasos cuando lo abatí de un culatazo.

Lo arrastré hasta el interior de la casa. Era una sola y pequeña estancia. Una cama, una mesa, dos sillones y el teléfono. Con una sábana hice tiras y lo até concienzudamente. Amordazándolo de paso.

Había una automática del 45 sobre la mesa. Le saqué el cargador, echándolo al bolsillo y la dejé allí. También arranqué el cordón del teléfono.

Luego salí y me encaminé a la verja. Dejé la llave de la puerta por el exterior.

Hawkins me agradecería que le allanase el terreno.

Y emprendí el camino del castillo, por la senda.

No llegué a recorrer la mitad cuando vi descender un coche. Estaba perdido, si me veían.

Y por otro lado cuando ¡legasen a la verja notarían la ausencia del guardián y si entraban en la casa... al verlo atado, darían la alarma.

Decidí esconderme de un salto tras una de las estatuas de mármol. No creía que me hubiesen visto desde el automóvil.

Creí que pasarían de largo, camino abajo.

Pues no.

Se detuvieron exactamente frente a la estatua de la sílfide tras la que me ocultaba. Bajaron con los petardos en la nía no y me rodearon.

Me cachearon y naturalmente me libraron del peso de mi

«Magnum» y del cargador de la 45. Mala suerte, pero hubiese sido un suicidio plantarles cara.

Me hicieron subir al coche y dando la vuelta, partimos hacia el castillo. Habían ido sólo a por mí.

Pero ¿cómo sabían que yo estaba allí?

Fijándome bien en los árboles, yo mismo obtuve la respuesta. Cámaras.

Eso eran. Cámaras de televisión en circuito cerrado. Todo cuanto ocurriese dentro de los límites de la finca, lo controlaban al segundo.

Por muy listo que uno se crea, siempre hay otro que lo es más. Acababa de comprobarlo.

Ahora, mi única carta en la manga, era Hawkins.

Tenía que ganar tiempo.

Al llegar, descendimos y me hicieron pasar a un gran salón que presidía una enorme chimenea. En un sillón estaba Randolph Murphy, en otro Ben Monroe y sentada en el diván ¡Vera Gilroy!

—¡Bien venido, fisgón! —rió Monroe entre dientes—. Ahora saldaremos nuestra cuenta.

—¿Lo conoces? —gruñó Murphy enarcando las cejas.

—Vino a verme —dijo Monroe evasivamente.

Mi mirada, sin embargo, estaba centrada en Vera Gilroy. No parecía una prisionera.

También ella me miraba con fijeza. Al fin rompió a reír, sin duda adivinando mi pensamiento.

—¿Sorprendido? —preguntó.

Y entonces supe a qué atenerme.

—Sí. La verdad —gruñí—, no podía suponer que estaba con ellos en este cochino negocio. Máxime cargada de millones.

—Soy quien lo dirige ahora —dijo con orgullo—. Y no es tan cochino, Nelson, deja buenos dividendos.

—Tenía muy preocupada a Loretta —dije.

—Esa imbécil lo ha enredado todo. No debió contratarlo. Ahora tendré que ocuparme de que no siga buscándome.

—Pero lo hizo. Asustada por su desaparición.

—¿No me pregunta por su secretaria?

—Sé que ayer estaba bien. Cuando el cerdo de Murphy la fotografió.

El aludido dio un brinco en el sillón y vino hacia mí.

—¿Cómo supo eso? Ayer no sabía nada...

—Fisgando. Es mi oficio, ¿recuerda?

Me atizó un derechazo que no pude evitar.

Tenía un tipo a cada lado, sujetándome los brazos, y otros dos «torpedos» detrás.

—Así es fácil pegarme, ¿verdad? —espeté con rabia.

Hizo ademán de pegarme de nuevo.

Vera Gilroy lo contuvo con una orden.

A mi no pudo contenerme. Apoyado en las dos moles que me sujetaban levanté el pie derecho, con toda mi mala leche.

A Murphy debieron convertírsele en tortilla. Al menos se puso muy blanco primero, luego amarillo. Cayó de rodillas, boqueando como si le faltara aire, pero sin que ningún ruido surgiese de sus labios. Luego se desplomó, con las manos en la entrepierna.

Monroe se levantó amenazador.

Metió la mano derecha en su americana y la sacó rápidamente.

Oí un clic y un centelleo me reveló lo que había sacado.

La navaja automática iba hacia mí.

Nuevamente la voz metálica de Vera Gilroy, se impuso.

—¡Quieto, estúpido! Ya habrá tiempo para eso. Antes tiene mucho que contar. Vosotros dos —dijo a los que estaban detrás mío—. Coged a Murphy y sentadlo en un sillón.

Bueno. Era una tranquilidad haber oído eso. Había un respiro. Lentamente, Monroe guardó su limpiaúñas, no sin dirigirme antes una mirada preñada de odio. El muy cabrón debía relamerse esperando que le dieran luz verde para hacerme el *harakiri*.

—Le he salvado la vida, Nelson —dijo Vera Gilroy—, Espero a cambio su respuesta a algunas preguntas —añadió.

Sus dos esbirros una vez acomodaron al inconsciente Murphy en un sillón, volvieron a reincorporarse en su puesto a mis espaldas con los otros dos.

—¿Y luego?

Se encogió de hombros.

—¿De modo que Laurie le contó el trabajo que realiza Randolph en la organización, no es eso?

Asentí. No hacía falta negarlo.

—¿Cómo pudo zafarse de los hombres de Hawthorne? Laurie llamó a Clem para que se los mandase. Clem me dijo que lo había hecho, poco después.

—Pude deshacerme de ellos.

—¿Dónde están ahora? —preguntó con un deje de incredulidad.

—En la Morgue —dije fríamente.

Se estremeció. Mirándome fijamente con una mezcla de odio y admiración.

—¿Y Laurie?

—Fue lista y se largó.

No me interesaba que supiera que Hawkins estaba al corriente de todo y que ya Clem Hawthorne y Rodney Bancroft estarían a buen recaudo.

—Lástima que se metiera en esto, Nelson. Pero es demasiado buen negocio para jugármelo. Intenté que no me buscara. Nada habría pasado si hubiera hecho caso omiso de la necia de Loretta.

—Ella se creía obligada por amistad a encontrarla y asegurarse de que nada le había ocurrido. ¿Cómo íbamos a suponer que estaba al frente de esto?

—No lo estaba al principio, Nelson, Loretta y yo éramos candidatas a desaparecer y ser llevadas a algún país de Oriente Medio. Pero resultó que quien dirigía el negocio era mi tío Mortimer y que yo era su única heredera. Cuando se dieron cuenta del planchazo fueron alejándose de nosotras. A la muerte casual poco después de Mortimer Gilroy me enteré de cuál era su verdadera fuente de ingresos. Y tomé las riendas. Mi error fue dejar libre a Loretta, pero la apreciaba y no quise tocarla. Tampoco quise secuestrar a su secretaria, pero me vio y oyó demasiado fisgando en el yate de Rodney. En fin lo importante para mí es que nadie fuera de nosotros sabe nada. A su secretaria, Rosie, podremos aprovecharla, tiene un hermoso cuerpo. En cuanto a usted, Nelson, debe comprenderlo, sobra. Y eso significa la muerte.

No revoloteando a nuestro alrededor las aguas volverán a su cauce. Y muerto el perro, se acabó la rabia.

—Hermoso epitafio, muñeca. ¿Podría ver antes a Rosie?

Sonrió.

—Incluso le dejaré media hora con ella. Será algo así como regalo que no le quiero negar, por ser su última petición.

Y dirigiéndose a mis cuatro aprehensores, dijo:

—¡Lleváoslo con la chica!

—No creo que debas... —empezó Monroe.

—Yo soy quien manda, Ben. No lo olvides. Ni ahora ni nunca.

Había mucha frialdad en su voz. Casi hizo que me estremeciera.

Monroe calló, obedeciendo.

Y yo hice lo propio.

Deseaba estar con Rosie cuanto antes.

En mi reloj eran las doce menos diez.

Cuando salía con mi escolta aún pude oír cómo Vera Gilroy ordenaba a Monroe:

—Echa un vistazo a ese estúpido. No se mueve.

Sin duda se refería a Murphy. Sonreí sádicamente.

Luego ella añadió:

—¿Cómo es que Andy no dio la alarma desde la verja? Ocúpate de ver cómo entró Nelson en la finca, y dime algo. Habíamos pasado por alto ese detalle.

Eso me preocupó. Si encontraban la llave, Hawkins iba a perder

un tiempo que podría resultarnos muy necesario a todos.

CAPITULO XVI

Atravesar un castillo por su interior no deja de ser un espectáculo. Cuadros antiguos de vetustas damas y bigotudos militares. Armaduras. Panoplias con armas de muy diversa índole. Relojes de pared, jarrones, grandes tapices, porcelanas, arcones..., en fin . una heterogénea mescolanza de objetos que le atraen a uno.

Aquél no era una excepción.

Sólo que a toda esa costosa mercancía de anticuario había que añadirle junto a los hachones, modernos apliques de luz, bellas y grandes lámparas, altavoces dejando oír una música tenue y melodiosa, aparato de televisión en color, calefacción, mullidas alfombras en las que desaparecían los zapatos, etc.

Tras cruzar el recibidor nuevamente y un par de salones, descendimos por una escalinata de piedra, en espiral.

No se equivocan. Ibamos a lo que todos conocemos de los castillos como sus lóbregas mazmorras.

Al fin nos detuvimos ante una respetable puerta de hierro, pero que además de sus herrumbrosos y grandes cerrojos, tenía una moderna cerradura tipo «Yale».

Abrieron y sin las menores contemplaciones me empujaron dentro. En el techo, muy alto, sin nada con que llegar a él, lucía un potente foco de 200 Kw.

Rosie estaba tendida en un camastro. Se incorporó al verme y sus ojos brillaron de alegría.

Sobraron palabras en unos minutos.

Se abrazó a mí como una lapa y sus labios buscaron ansiosos los míos. Fue uno de los besos más maravillosos que recuerdo, quizá porque Rosie puso en él auténtica pasión.

Lloraba de alegría cuando nuestras bocas se separaron lentamente.

—¡Oh, Roy! ¡Qué asustada estaba, aunque sabía que al fin vendrías!

De pronto pareció darse cuenta de la realidad, y su mirada reflejó de nuevo un miedo infinito.

—¡Dios mío! ¡Tú también has caído!

Sonreí.

—Digamos que sólo a medias, Rosie. —Consulté mi reloj. Eran las doce y cinco—. Antes de tres o cuatro minutos nos rescatará Hawkins. No temas. Todo está previsto.

Me saqué de detrás de la solapa derecha de la americana un pequeño broche y moví una palanqueta.

—Me oyes, Hawkins. —Volví la palanca a su posición inicial.

—Perfectamente —dijo una voz lejana.
Volví a accionar la palanca,
—¿Se oyó bien todo?
—Colosal Todo está grabado. Estamos ya ante la puerta.
—Rodead la finca para que no escape nadie. Espero que en la verja de entrada aún esté puesta la llave. Así perderéis menos tiempo.
—¿Está bien Rosie?
—Muy bien, gracias. Nos encontrarás en el sótano, en una mazmorra.
—Allá vamos —dijo Hawkins.
Y corté la comunicación.
Volví mi mirada hacía Rosie.
Ahora sonreía, más tranquila.
—Tengo una cosa para ti —dije—. Pensé que te gustaría destruirla para que no rodase por ahí. —Y le tendí el sobre que contenía las fotografías y los negativos.
Indudablemente ni se enteró que se las hacían. Fue palideciendo a medida que las pasaba, hasta adquirir un tono ceniciento. Luego súbitamente sus mejillas se arrebolaron y adquirieron el color de la grana.
—¡Dios mío! —balbuceó—. ¿Las viste?
—un buen trabajo, encanto. Estás imponente.
Debió intentar decirme algo muy gordo, pero se atragantó.
Sólo al cabo de un buen rato pudo exclamar indignada,
—¡Cerdos! ¡Asquerosos! ¡Marranos!
Y simultáneamente arriba empezaron los disparos.

* * *

Nos hallábamos reunidos en el Nueva Seúl, Rosie, Hawkins, Finney y yo. Finney me había, devuelto la Magnum, Rosie estaba radiante de alegría tras el susto pasado.

Hawkins y el sargento, entre la redada de la mañana en la Bahía y la de Oakland en colaboración con la policía de allí, estaban molidos pero aun así aceptaron gustosos la invitación, ahora traspasarían al FBI sus detenidos. Ya que la traía de blancas era un delito federal.

Los dos *yachtmen* fueron cazados con sus tripulaciones, sin un solo disparo. En el registro de los yates se encontraron pruebas suficientes para que durante un buen número de años estuviesen a buen recaudo. En Oakland, la cosa fue más dura, murieron en el enfrentamiento dos de los «torpedos», Monroe y Vera, haciendo frente a los invasores.

Hawkins le contó a Rosie cómo me libró la noche anterior, con

toda profusión de detalles y algunos más de su cosecha. que no hacían sino promocionarle.

Loretta había telefoneado por la tarde a la oficina y allí le había informado Rosie de la muerte de Vera y de su participación en el asunto, Loretta anunciaba el envío de tres mil dólares para mi minuta y un próximo viaje de desintoxicación.

En cuanto a Laurie, pasó por el Nueva Seúl antes de que llegáramos y dejó una nota para mí, que decía lo siguiente.

«Te estoy muy agradecida por cuanto has hecho por mi. Cambiaré de vida, te lo prometo. Tu amigo ha sido muy correcto conmigo y no me faltó nada. He querido corresponder con lo único que podía ofrecerte, una confesión completa y detallada de todo cuanto sé. Sólo omito lo que muy directamente podía perjudicarme. Hoy estaré en mi apartamento recogiendo cosas. Me iré mañana a las diez. Si quieres un whisky, ven.

»Laurie.»

Y acompañaba a estas líneas una declaración firmada de tres o cuatro folios que entregué a Hawkins.

Rosie vio que me guardaba la nota en el bolsillo y enarcó las cejas.

La invitación de Laurie era toda una tentación, pero aceptarla sería algo así como cobrar un favor, y eso no rezaba con mi hábito. Era un bombón que no me podría comer.

Cuando dimos por terminada la cena, en la que hicimos correr el champaña con profusión, Hawkins y Finney se volvieron a la Brigada a continuar con sus interrogatorios. La declaración de Laurie les iba a ser muy útil.

Hawkins me tiró una indirecta al respecto, pero en suma el que podía denunciarla por instigación al homicidio era yo.

Quedamos Rosie y yo sentados en el Chrysler.

No voy a decir que el cielo estaba tachonado de brillantes estrellas y la luna brillando en su esplendor, invitando al amor, porque lo cierto es que había una niebla densísima y el «airecillo» de San Francisco era un ventarrón que te congelaba hasta las pelotas.

—¿Qué era la nota que te guardaste en el bolsillo, Roy? —preguntó Rosie curiosa.

—Nada importante. Una invitación para tomar una copa, esta noche.

—¿Piensas ir?

—No.

—¿Te gustaría tomarla en mi casa. Roy?

—Sí, mucho. Pero podía ser peligroso. Hemos bebido mucho champaña, y recuerda que tenemos muy distintos puntos de vista, acerca de cierto tema.

—¿Y si te dijera que he cambiado, Roy?

—No te creería. ¿Olvidar tú lo del matrimonio?

—Prueba —susurró.

—Está bien —dije, y puse el coche en marcha.

Al cabo de un rato me miró sorprendida.

—¿Dónde me ¡levas, Roy? Por ahí no vamos a mi apartamento.

—Ya lo sé.

Abrió unos ojos como platos cuando estacionamos el Chrysler frente a la Brigada de Homicidios.

—¿Qué venimos a hacer aquí?

—Tú nada. Yo voy a decir a Hawkins que me encierre para no hacer una tontería esta noche.

Y salí disparado antes de que pudiera reaccionar.

Ya se lo dije, no estoy aún preparado para el matrimonio.

Y Rosie lo merece.

F I N

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**